

BOLSIBROS BRUCUERA

PUNTO

ROJO

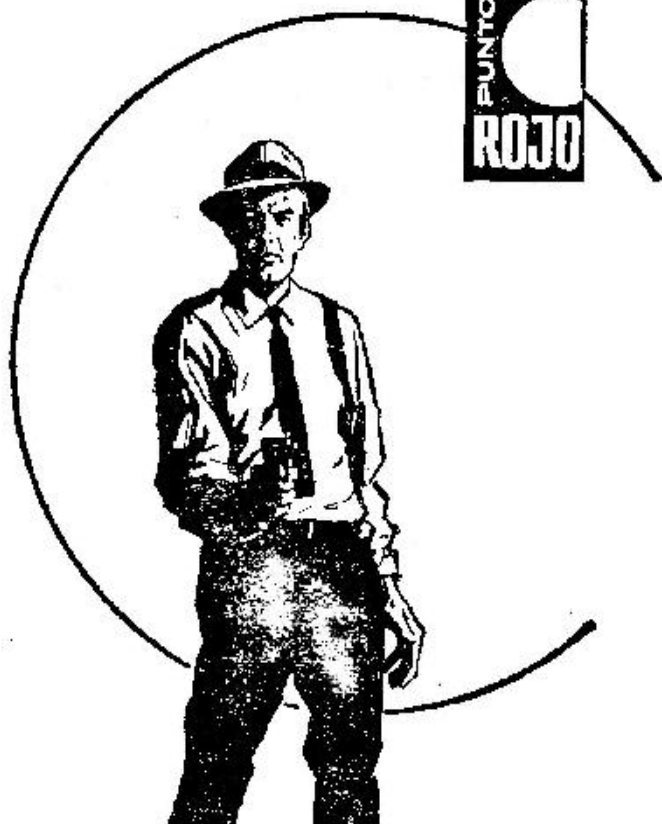
TELEFONISTAS AGRESIVAS

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill el Meñenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.341. — Ha muerto una actriz.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

967. — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza.

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

728. — Plegaria de un moribundo.

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:

886. — Furia en Pozo del Tigre.

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

330. — El fantástico Ricky.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

5. — Asesino Murray

RAY LESTER

TELEFONISTAS AGRESIVAS

Colección PUNTO ROJO n.º 731
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISSN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 7.831 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1976

© Ray Lester - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Miguel García - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parera del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPITULO PRIMERO

«Hay que ser sincero con uno mismo.

Soy más feo que Picio, y veo menos que un ciego en un túnel del Metro. Por eso tengo que llevar las gafas de cegato, que contribuyen en un gran tanto por ciento a mi fealdad.

Cada día, cuando me levanto y me asomo al espejo, me entran tembleques de miedo hasta que reconozco al tipo gordinflón de todas las mañanas. Con su voluminoso vientre, sus papadas como las de un cerdo, su gran narizota y su enorme boca, llena de dientes.

Ellas, en cambio, son tan bonitas...

Por eso no hay manera de «ligar» con ninguna. Y eso que esas chicas se pirran por «ligar» con alguien. Pero lo malo es que yo no llego ni a alguien. Yo soy Michelin, el gordo que las divierte. Y que conste que lo de Michelin, apodo que me endosó Tinita, lo tengo merecido. Es verdad que me parezco al gordo anuncio de la famosa marca de neumáticos.

Y para colmo de males, sólo gano unos cochinos dólares al mes, hinchándome de repartir paquetes por la ciudad con la furgoneta. No tengo ni el atractivo del dinero. Porque si tuviese un buen fajo de billetes, seguro que picaba alguna de las preciosidades.

Cualquiera de las siete, sería buena para mí.

Un tipo feo, gordo y miope como yo, tiene que conformarse con lo que caiga, por mucha cara de buena persona que tenga. Porque eso sí, yo tengo cara de tipo honrado.

Y algo tonto, como me dijo Joan Pallares, la primera vez que la vi.

Recuerdo que trataba de telefonar a un amigo, desde el locutorio de la central. Estaba lloviendo, y no sabía dónde dejar el paraguas. Marcaba el número en el disco y, antes de comenzar a hablar, resulta que se cortaba la comunicación.

Hasta siete veces lo intenté.

Luego, lo puse en conocimiento de la empleada que atendía el locutorio, y bajó Joan a tomar nota del teléfono que no funcionaba correctamente, según mi opinión. Ella lo probó, y aquel trasto fue de maravillas. Entonces volví a probarlo yo.

Joan me lanzó una mirada de pena, al ver que yo colgaba el

paraguas en la horquilla del micro, antes de empezar a hablar. Se limitó a mirarme de arriba abajo y decir: «Sin comentarios, ¿eh, gordito?»

Yo no digo que sean chicas maravillosas, pero el caso es que a mí me van todas, palabra. En cada una de las siete muchachas, encuentro un atractivo distinto. Claro que yo encuentro atractivos en todo lo que lleve faldas, y tenga de quince a cincuenta años.

Pero las siete telefonistas son simpáticas, bonitas, agradables y llenas de encanto.

Lina Moore, con su seriedad, sus largos cabellos castaños, su cuerpo esbelto. Tina Sheridan, con su carácter algo alocado, su rostro lleno de simpática picardía, y sus cabellos revueltos. Vicky Galway, bonitos ojos, comedida en sus ademanes y forma de comportarse. Mary Cuchi-Cuchi Beavis, con su escultural cuerpo y su mirada vivaz. La mexicanita María Dolores Hernández, con su frente despejada y sus enormes ojos. Joan Pallares, irónica morena de largos cabellos y carácter socarrón. Y la bellísima y dulce Elinor Joyce, con sus cabellos color miel y sus labios glotones, sensitivos.

Lo dicho, cada una en su estilo, me gustan todas.»

Esos eran los pensamientos que pasaban por la mente del gordo Michelin Kelly mientras aguardaba, dándole chupadas a un cigarrillo, frente a la Central de Teléfonos de Dallas. Consultó, una vez más, el reloj, y comprobó que faltaban seis minutos para que salieran.

Soltó un aullido al quemarse la yema de los dedos, y tiró la colilla, aplastándola con la suela de la bota.

Poco después, se abrió la puerta de la Central de Teléfonos, y comenzaron a salir muchachas, con gran profusión. Kelly buscó con la mirada a su grupo de favoritas y, al distinguirlas, les salió al encuentro.

—Hola, chicas.

Tinita fue la primera en hablar:

—¿Nunca te das por vencido, Michelin?

Kelly compuso un gesto inocente.

—El que machaca sobre hierro caliente, acaba doblándolo.

Joan Pallarés lo fulminó con la mirada.

—Oye, nene... Aquí el único hierro caliente eres tú, ¿estamos?

—Yo soy acero derretido, encanto —replicó Kelly, simulando atrapar una mosca en el aire—. ¿Quieres que te lo demuestre?

—Demuéstraselo a tu...

—Vamos, vamos, Joan —intervino Lina Moore, persuasiva—. Percy es un buen muchacho, y todas lo sabemos.

—Y también es un «plomo», Lina.

—Pero, en el fondo, es simpático, Joan.

—Te lo parecerá a ti. Lo que es a mí...

Se hallaban detenidos en la amplia acera de la gran plaza frente a la Central, y Percy Kelly levantó ambas manos, sonriendo.

—¿Por qué no echamos pelillos a la mar, niñas? —propuso, risueño—. Invito a lo que queráis tomar, y luego os reparto como paquetes con la furgoneta. Bueno..., quiero decir que os llevo a vuestras casas.

Vicky Galway inquirió:

—¿Dónde tienes la furgoneta, Percy?

—Ahí en el parking.

—¿Qué os parece la proposición de Percy, chicas?

—Por mí, no hay inconveniente —replicó Tina Sheridan—. Yo acepto siempre la invitación de un hombre. Luego, si se pone pesado, le doy la patada, y me quedo así de tranquila.

Lina Moore movió la cabeza, denegando:

—Yo no puedo quedarme. Mi padre está solo en casa, y no le hace gracia que me retrase.

—Si sólo se trata de un aperitivo, Lina —insistió Percy—. El repartir paquetes no da para más.

Lina le miró, un tanto severa.

—Haces mal en gastarte el dinero en nosotras, Percy. No eres ningún play-boy.

La bella Elinor Joyce recriminó a Lina:

—Percy es muy libre de invitarnos, si lo desea, Lina. No seas aguafiestas, mujer.

La mexicana María Dolores Hernández aprobó:

—Lo mismo opino yo.

—Y yo también, Lina —se unió a ellas Mary Cuchi-Cuchi Beavis—. Quédate un poco con nosotras.

—No puedo, Cuchi-Cuchi, de verdad. Hasta mañana.

Lina Moore se marchó, en dirección a la parada del autobús.

Percy entró en una cafetería situada en la misma plaza, acompañado de las seis telefonistas. Hinchado como un pavo real, les indicó una mesa para que tomarasen asiento. Cuando acudió el camarero, le dijo que sirviera lo que desearan las señoritas.

Un error tremendo.

Se gastó el sueldo de dos días repartiendo paquetes, y eso porque Tinita y Joan adjudicaron que ellas también tenían algo de prisa por llegar a sus domicilios.

Rodeado, ufano, de las seis muchachas, entraron en el parking, y subieron a la furgoneta.

Percy fue dejándolas en sus domicilios, siguiendo una ruta razonable. En primer lugar, bajó Tina Sheridan. A continuación, Vicky Galway. Luego, fue Cuchi-Cuchi Beavis. La cuarta en descender de la furgoneta, frente a su casa, fue María Dolores Hernández. Joan

Pallarés también bajó, y Percy se quedó a solas con Elinor Joyce.

Arrancó después de que bajara Joan y, apenas se habían alejado un corto trecho, pasó el gordo al ataque:

—Te he dejado para la última porque deseo hablar seriamente contigo, Elinor.

La chica rió, frunciendo las cejas.

—¿Sí?

Percy se pasó la lengua por los labios, sin saber cómo seguir. Finalmente, preguntó, tras un carraspeo:

—¿Te importaría salir alguna vez conmigo, Elinor? Sólo a tomar algo y bailar, por supuesto —se apresuró a agregar—. Desde luego, mis intenciones son serias.

Elinor se giró, mirándolo burlona.

—¿A cuántas les has dicho lo mismo, Percy? Y me refiero a mis compañeras de Averías, claro.

Percy Kelly tragó saliva.

—Bueno...

—Que yo sepa, han sido cuatro, Percy —siguió Elinor—. Primero fue mi amiga Joan la que te dio calabazas.

—Joan no es mi tipo. Demasiado desgarrada.

—Luego fueron Tinita y María Dolores, casi al mismo tiempo. Las dos te enviaron con viento fresco.

—Eso sí es verdad —aprobó Percy—. A ninguna de las dos le interesó mi proposición.

—Entonces fuiste a intentarlo con Cuchi-Cuchi.

—También es verdad.

—Y al fracasar nuevamente deseas probar conmigo, ¿eh?

Percy se rascó la pelambrera con la zurda, mientras conducía con la mano derecha.

—Oye, Elinor, yo te prometo que...

—No, Percy —le cortó ella, sonriendo levemente, al tiempo que le tapaba la boca con los dedos—. No me prometas nada, y sigamos siendo buenos amigos. Siempre es mejor conservar una sincera amistad, que sufrir un desengaño. Eres un buen muchacho, y no deseo hacerte daño, Percy. Pero en el futuro, recuerda que a ninguna mujer nos gusta los segundos platos, ¿me comprendes?

Percy no respondió, de momento.

Dejó pasar unos segundos, antes de decir con aire lacónico:

—No soy Rock Hudson, ¿eh, Elinor? Sin que se ofenda Oliver Hardy, yo diría que me parezco a él, pero tirando a peor. Porque el pobre Oliver era un Adonis, a mi lado.

Entre ambos se hizo un embarazoso silencio.

Después de unos instantes, lo rompió Elinor:

—Haremos una cosa, Percy.

—¿Qué?

—Subirás a mi apartamento, y tomarás una copa para animarte. Luego te marcharás, y seguiremos siendo buenos amigos.

—¿Y tu familia?

—Vivo sola, Percy. ¿No lo sabías?

—Ni idea, Elinor —dijo el gordo, brillándole los ojillos detrás de los gruesos cristales, ante la posibilidad que se le presentaba—. Y me alegro de que nadie nos moleste... quiero decir que me parece una buena idea para combatir la «murria» que me ha entrado de repente. Es duro esto de abrirse camino en las cosas del amor, ¿sabes?

Elinor rió alegremente.

—Me hago cargo, Percy.

El gordo estacionó la furgoneta cerca de donde vivía la chica, y la acompañó a su apartamento. Se trataba de un edificio destinado a pequeñas viviendas, para señoritas en particular.

Debió un par de copas, y eso fue todo.

Cuánto intentó chocó contra una muralla de hielo, he hizo el fuerte, el idiota, el triste, el huérfano, el paria... Todo resultó inútil, y al final consiguió que Elinor se enfadara.

Para que las cosas no pasaran a mayores, decidió irse.

Abandonó el apartamento y, antes de subir a la furgoneta, aprovechó un bar que le venía de paso para tomarse otra copa, imprecando contra su perra suerte con las mujeres.

Para ser feo en la vida hay que tener dinero a espuestas, y no se le puede dar más vueltas a la cosa.

Finalmente, subió a la furgoneta, después de darle un furioso puntapié a un neumático delantero.

Sé dirigió a su propio apartamento, y hora y media más tarde se metía en la cama, habiendo dejado la furgoneta bien estacionada, ya que las multas corrían por su cuenta.

A los cinco minutos, roncaba como un bendito.

De repente, se sintió sacudido por el hombro violentamente, y escuchó rumor de voces a su lado.

Abrió los párpados, medio adormilado, y tuvo que frotarse los ojos para conseguir una visión perfecta.

No le gustó lo que vio.

Dos fulanos se habían colado en su apartamento, y se hallaban justamente uno a cada lado de la cama. Eran altos, fornidos y de duras facciones. El que estaba a su izquierda lucía barba negra, y el otro, que frisaría los treinta y tres años, poseía una mirada hartamente penetrante. Su cara resultaba varonil.

Sostenía un diario plegado en la diestra, y lo mostró a Percy.

—¿Has leído los diarios de la mañana, pimpollo?

El gordo lo miró, pasmado.

—¿Cómo voy a leerlos si todavía es de noche? —se quejó—. Hace unos minutos que me acosté...

—Son las siete y media de la mañana, chico —anunció con risita helada el barbudo—. No empieces ya a hacerte el idiota.

Percy miró el reloj, alorado, y verificó que el barbudo no mentía. Se metió en la cama a las doce, y había dormido siete horas y media de un tirón. Sin apenas darse cuenta. De pronto, reparó en los dos sujetos, y levantó la voz, protestando:

—Oigan, ¿cómo han logrado entrar en mi apartamento? ¿Saben que puedo demandarlos, por allanamiento de morada?

El tipo varonil le incrustó una placa en la narizota.

—Teniente Gerry Everard, de la Criminal de Dallas, pimpollo —dijo, seco—. En el bolsillo tengo la orden judicial, por si deseas echarle un vistazo. El de la barba es mi ayudante Brian Gumbriel.

Percy, cada vez, estaba más asombrado.

—Ya sé... —musitó, tratando de sonreír sin conseguirlo—. Anoche me salté un semáforo en rojo.

La barba del ayudante de Everard se movió, y de ella surgió una voz que hizo estremecer al gordo:

—¿Me lo tomo a «cachondeo» o le atizo un mamporro, teniente?

Gerry Everard tendió el diario, a su ayudante.

—Será mejor que lo convenzas, Brian.

El de la barba desplegó el periódico por la segunda página, y lo puso ante la mirada de Percy.

El gordo se quedó helado como un témpano, al leer los titulares de la crónica de sucesos:

«Telefonista salvajemente asesinada, anoche.»

«Elinor Joyce, empleada de la Central de Teléfonos de Dallas, fue brutalmente estrangulada en su propio apartamento.»

No pudo decir nada.

Se había quedado petrificado, mortalmente pálido, y sin una gota de sangre en las venas.

El teniente Gerry Everard de la Criminal de Dallas, hizo un ademán a su ayudante.

—Infórmale de sus derechos, Brian.

El barbudo recitó algo que Percy ni siquiera escuchó:

—Percy Kelly, quedas detenido, en nombre de la ley, acusado del asesinato de Elinor Joyce. Puedes hablar o guardar silencio hasta estar en presencia de tu abogado. No obstante, si decides hablar, se te advierte que todo cuanto digas puede ser utilizado en tu contra.

CAPITULO II

En el cristal esmerilado de la puerta, unas letras negras anunciaban: «Turlough Owens. Detective.»

Dentro, un hombre mantenía reclinado contra la pared el respaldo de la silla que ocupaba tras la mesa de la oficina. En indolente postura, apoyaba los pies en el tablero, mientras bebía a sorbitos el contenido del vaso que sujetaba en la zurda.

Como único mobiliario del despacho, una sucia silla, situada ante la mesa, gemela a la que ocupaba el hombre. También había dos cuadros colgados de la pared, cuyos marcos conocieron tiempos mejores. Uno enmarcaba el rostro ceñudo de Napoleón Bonaparte y el otro, a Jorge Washington.

Se trataba de un hombre joven, de expresión aburrida.

No pasaría de los treinta, y su piel era oscura, así como su cabello. El prominente mentón denotaba energía y firmeza de carácter, aunque no era eso lo que expresaba, en aquellos instantes. A pesar de hallarse tumbado hacia atrás, se advertía su buena estatura y sus anchos hombros. Su rostro resultaba masculinamente atractivo.

Estaba pasando una mala racha.

De pronto, se abrió la puerta de la oficina, y seis muchachas irrumpieron en ella.

Lina Moore, que venía en cabeza, inquirió, resuelta:

—¿Es usted Turlough Owens?

El joven hizo un vago ademán, indicando la abierta ventana. —Si pertenecen a la Liga de Jóvenes Descarriadas, y vienen en plan de recolecta, sigan la flecha y vayan saltando por la ventana. Sólo son ocho pisos.

—Oiga...

—Lo siento, hermana. Estoy en la indigencia.

Lina Moore rechinó los dientes.

—Somos clientas.

El joven apartó los pies de encima la mesa, y depositó el vaso en ella.

—¿Por qué no empezaron por ahí?

—Usted no nos dejó.

—Bueno... El caso es que...

—¿Es usted el detective Turlough Owens, sí o no?

—Me parece que sí.

—¿Le importa mostrarme su credencial? Ante todo, hemos de estar seguras de que es a usted a quien buscamos.

Turlough Owens buscó en la chaqueta que colgaba en el respaldo de la silla, y extrajo un carnet, que tendió a Lina. Esta hizo un ademán a Tina Sheridan, y fue ella quien lo cogió.

—Lee, Tinita.

—Aquí dice, Turlough Owens... De profesión, guapo... Estará libre esta tarde de seis a ocho, para ir a bailar con la mujer de sus sueños...

Lina lanzó una furibunda mirada a su amiga.

—¡Tinita!

—Perdona, Lina —se excusó Tina—. Es que cuando veo a un hombre como éste... En el carnet pone que es el detective Turlough Owens. Justo el que necesitamos.

El joven enseñó los dientes, mirándolas.

—¿Están satisfechas?

—Hemos venido a contratar sus servicios, señor Owens —dijo Lina—. En el caso de que lleguemos a un acuerdo, claro.

—Ya estamos de acuerdo.

—No corra tanto.

—Tomen asiento, chicas.

Lina Moore repasó el despacho con la mirada, y acabó posándola en la única silla libre. Con marcado sarcasmo, inquirió:

—¿Las seis en la misma silla, o formando corro en el suelo, como los indios, señor Owens?

Turlough dejó escapar un resoplido.

—Cualquier día tengo que encargar unas cuantas sillas al carpintero. Lo malo es que el fulano quiere cobrar por adelantado.

—No se preocupe —movió la cabeza Lina—. Nos arreglaremos de pie. En primer lugar, deseo presentarle a mis amigas.

Hizo una breve pausa, y añadió, señalándolas, al tiempo que las iba nombrando:

—Tina Sheridan, Vicky Galway, María Dolores Hernández, Joan Pallarés, y Cuchi-Cuchi Beavis.

Turlough inició una inclinación versallesca, pero se detuvo a medio camino, frunciendo el entrecejo.

—¿Cuchi... qué?

—Perdone. Su nombre es Mary Beavis. Nosotras, las amigas, la llamamos cariñosamente Cuchi-Cuchi.

—Ya.

—Mi nombre es Lina Moore.

El detective inclinó ligeramente la cabeza.

—Tanto gusto, y bien venidas todas al hogar, chicas —de pronto, se detuvo ante Joan—. Oiga..., ¿de verdad su apellido es Pallarés?

Joan compuso un gesto despectivo.

—Oye, guapo, mi apellido es español, ¿sabes? Mis antepasados estaban ya en Texas, cuando vinieron los Owens.

Turlough levantó las dos manos, encogiendo los hombros.

—Perdona, chica, es que nunca lo escuché, y supuse que eras mexicana, como tu amiga María Dolores.

—Pues te has equivocado, guapo.

—Gracias por las dos veces que me lo has dicho, encanto.

—No te hagas ilusiones. Es mi forma de hablar.

—Entiendo.

Lina Moore apretó los labios, un tanto impaciente.

—¿Entramos en materia, señor Owens? ¿O nos ponemos a jugar a la gallinita ciega?

—No sería mala idea.

La bella joven lo miró, despectiva.

—Creo que hemos cometido un error viniendo, señor Owens. No debimos fiarnos de la guía telefónica.

—No han cometido ningún error, aunque la gente de teléfonos no es de fiar.

—Nosotras somos telefonistas, señor Owens —aclaró Lina, levantando la barbilla—. Y estamos orgullosas de serlo.

Cuchi-Cuchi apoyó:

—Chúpate ésa, nene.

Turlough se había quedado con la boca abierta. Pero pronto reaccionó, y sonrió, metiendo el rabo entre las piernas.

—Ah... Entonces, marcha atrás y retiro lo dicho. El cliente siempre tiene razón, cuando la apoya con «pasta». Insisto en que no se han equivocado conmigo. ¿Ven a Napoleón y Washington? En la Historia representan a la fuerza y la astucia. Ambas cualidades se unen en mi persona.

Lina rió, mordaz.

—Es usted muy modestito, señor Owens.

—¿Por qué no dejamos los protocolos? —propuso Turlough—. Ya nos hemos presentado, y a mis clientes acostumbro a tratarlos familiarmente. ¿Os parece, chicas?

Tinita se apresuró a afirmar:

—Apruebo la moción.

—También nosotras —declararon, casi al unísono, María Dolores y Vicky—. Estamos de acuerdo.

Lina Moore mantuvo el bello rostro inexpresivo.

—Aún no puede considerarnos sus clientes..., Owens.

—Turl, para los amigos —corrigió el joven, moviendo el dedo—. Y en lo tocante a clientes... Todavía ignoro si podré aceptar el trabajo. La verdad es que estoy agobiado y...

—Está mintiendo, Turl. El cliente más cercano lo tiene en el Polo Norte.

Turlough ladeó la cabeza, mirándola interesado.

—¿Siempre dice la verdad, Lina?

—En todo instante.

—Pues se le pueden caer los dientes, ¿lo sabía? En cierta ocasión, un amigo tuvo un problema que...

—Los problemas de su amigo nos tiene sin cuidado, Turl. Lo que nos preocupa es el problema del nuestro.

El detective arqueó las cejas.

—¿Tienen a un amigo metido en problemas?

—Por eso hemos venido. ¿Creyó, acaso, que vinimos a escuchar sus payasadas?

Vicky Galway tomó la palabra:

—Deseamos que saque del problema a nuestro amigo, Turl.

El detective cabeceó.

—Ya entiendo. Está liado con una lagarta, ¿eh?

—No.

—Entonces, es que se fugó con la nómina.

Joan denegó, moviendo la cabeza.

—Tampoco, guapo.

—No me lo digan. Ahora acertaré —prometió Turl—. ¿A que el chico ha desertado del ejército, largándose con la mujer de su capitán?

Tinita compuso una mueca de desagrado.

—Es una pena que, en una mente tan varonil, sólo haya ideas sucias.

Lina, por su parte, volvió a demostrar su disconformidad con la forma de proceder del detective.

—¿Siempre pierde el tiempo así con sus clientes? No me extraña que carezca de ellos.

—Escuche, Lina...

—El amigo del que le hemos hablado está acusado del asesinato de una chica. Nuestra compañera Elinor Joyce.

Turlough soltó un respingo.

—Vamos a no ponemos nerviosos, ¿eh?

—Estamos muy tranquilas, Turl.

—¿Se refieren a la que estrangularon anoche?

—Exacto. Ella era nuestra compañera de trabajo, y queremos que el verdadero asesino pague el crimen. Estamos plenamente convencidas de que Percy no lo cometió.

—¿Percy?

—Percy Kelly. El hombre al que acusa la policía, y también un buen amigo de nosotras.

—El criminal anda suelto por ahí —dijo María Dolores.

—Y deseamos que pague su cuenta con la sociedad —agregó, enfática, Tinita.

—Considérenla saldada.

Lina negó en lenta cabezada.

—Eso será cuando el verdadero asesino se encuentre metido en la cárcel, Turl.

Turlough plasmó una expresión de suficiencia en la cara.

—Me voy a encargar del asunto, ¿no? Pueden estar seguras de que Percy se encontrará rápidamente en libertad. Si ustedes aseguran que es inocente, no existen dudas de que lo es.

Lina le escrutó el semblante.

—¿Cuánto va a costarnos atrapar al criminal, Turl?

—Depende.

—¿De qué?

—Del dinero que dispongan... quiero decir que cuando hago un trabajo pongo el alma en él. Mis servicios pueden ser caros o baratos, según se mire.

—Concrete, Turl.

—¿Decimos mil dólares?

Las seis chicas giraron a la vez, en dirección a la salida.

—¡Eh... esperen! —las llamó el detective, casi con angustia. Cuando se giraron a él, dijo—: ¿Acaso no han pensado en el pobre Percy pudriéndose en una celda?

Fue Lina la que contestó:

—Es usted un abusón, Turl.

El joven levantó los hombros resignado.

—Está bien, les haré una rebaja. ¿Lo dejamos en doscientos, y los autobuses pagados?

—¿Piensa viajar mucho en autobús, Turl?

Turl acabó suspirando.

—Iré andando a todas partes, chicas. Pero que conste que lo hago porque me habéis caído bien.

Las seis muchachas rieron abiertamente.

—De acuerdo, Turl —dijo Lina—, Puede empezar el trabajo lo antes posible. Le daremos cien dólares para los primeros gastos.

El joven la miró fijamente a los ojos, mientras la chica depositaba el dinero sobre la mesa.

—¿Por qué no lo hace más a menudo, Lina?

Ella arqueó las cejas.

—¿El qué?

—Sonreír como lo hizo antes. Puedo asegurarle que su bello rostro gana un cien por cien.

CAPITULO III

Turlough Owens contempló al gordo Percy Kelly, a través de los barrotes de la celda, y dejó escapar una carcajada.

A su lado, el teniente Everard arrugó el ceño.

—Cuéntame el chiste, Turl.

—No pretenderás, de verdad, que ese fulano estranguló a la chica, ¿eh, Gerry? El fiscal se mondará de risa, si se lo dices, hombre.

—El piso de la chica estaba lleno de sus huellas.

Michelin Kelly se aferró a los barrotes, gimiendo,

—Le he dicho mil veces que estuve con ella, mi teniente.

Everard miró al detective.

—¿Lo ves?

—Este tipo es incapaz de matar a una mosca, Gerry.

—Me invitó a tomar una copa, y yo acepté. Luego, me largué, y ella quedó tan campante, —medio lloriqueó Percy—, ¿Cuántas veces tengo que decírselo, mi teniente?

Turlough hizo un ademán autoritario.

—Ya estás soltándolo, Gerry.

Everard le puso la mano en el hombro, y le habló junto al oído:

—Escucha, Turl. Soporto tus impertinencias porque me consta que eres inofensivo, y hace años que te conozco, ¿entiendes? Pero no abuses porque ya me estoy cansando. Cualquier día me lío la manta a la cabeza, y te retiro la licencia.

Turl tragó saliva musitando:

—Piensa en mis hijos, Gerry.

—Eres soltero, Turl.

—Pero un día u otro tendré cachorrillos, ¿no?

Percy pegó la oreja a los barrotes.

—Eh... ¿qué están hablando de mis carrillos? De acuerdo que soy un poco gordo, pero lo menos que podrían hacer es hablar más alto para que me entere.

En aquel momento penetró en el pasillo de las celdas el barbudo Brian Gumbril, haciendo un gesto a su jefe.

El teniente acudió a su lado y, después de escuchar unas palabras junto al oído, se marchó con él.

Turlough chasqueó la lengua, aproximándose al gordo.

—Tranquilo. Percy. Saldrás de aquí en seguida.

—¿Quién es usted?

—Turlough Owens, detective privado. Me han contratado tus amigas para sacarte del atolladero.

—¿Qué amigas?

—¿Va las olvidaste, chico? Las telefonistas agresivas. Y la más agresiva de todas es una tal Lina Moore, aunque la verdad es que está como un tren.

Percy sonrió levemente.

—Sabía que ellas no creerían a la policía.

—Ya lo estás viendo.

—Pero estoy metido en un lío gordo, señor Owens.

—Puedes llamarme Turl, Percy. ¿Te cargaste tú a la muchacha?

—¡No!

—Entonces, no hay problema.

—¿Y mi cara?

—¿Qué le pasa a tu cara?

—Dicen que la cara es el espejo del alma, Turl. Si es así, ningún jurado me creerá inocente.

El detective sacudió la cabeza, apenado.

—Estás lleno de complejos, y eso es malo, Percy.

—¿Tú crees?

—Seguro, hombre. ¿Te he mentido alguna vez?

—Acabas de conocerme, Turl.

—Por eso. Cierra los ojos, y piensa que eres un fulano atractivo. Todo es cuestión de sugestionarte —viendo que el gordo obedecía, siguió—: Ahora piensa en lo guapo que eres y en lo mucho que gustas a las mujeres, Percy.

—Hace tiempo que no me como una rosca, Turl.

—¿Y eso qué importa? Sólo tienes que mirarte a un espejo con la imaginación. ¿Lo tienes?

Con los ojos cerrados fuertemente, asintió Percy.

—Sí, Turl.

—¿Qué ves?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Se ha roto el espejo al mirarme, Turl.

El detective emitió un profundo suspiro de resignación.

—Tu caso es crónico, chico. Te viene de herencia, y no existe solución. Afortunadamente estoy a tu lado para salvarte. ¿Te diste cuenta de la forma que le hablé al teniente?

—No pude escuchar nada, Turl.

—¿Seguro?

—Te lo juro.

—Pues le canté las cuatro verdades del barquero.

—¿De qué barquero, Turl?

—Eso es un dicho, hombre. Le dije que eras inocente, y que tenía que soltarte ahora mismo.

—¿Tú crees que te hará caso?

—¿De qué iba a servir nuestra amistad, entonces? No te preocupes más. Yo siempre me gano el sueldo que me pagan los clientes, que tienen la fortuna de que acceda a trabajar para ellos.

Percy se quedó pensativo.

—Pero... si yo no maté a la pobre Elinor... Algún canalla tuvo que hacerlo.

—Eso forma parte de la segunda operación, Percy. Encontraré el criminal —hizo una pausa Turlough, y luego siguió—: ¿Tienes familia en Dallas, muchacho?

El gordo encogió los hombros.

—En Dallas, no. Y en realidad... es como si no la tuviera en ninguna parte.

—Explícate.

—Un tío mío, Archibald Kelly, se largó a Venezuela, cuando más lo necesitaba mi madre. No he vuelto a saber de él. Ni siquiera vino, cuando murió la vieja.

—Entiendo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Me gusta conocer los pormenores de mis clientes. Los pequeños detalles forman un conjunto.

El teniente Gerry Everard regresó al pasillo de las celdas en compañía de su ayudante Gumbril. Este introdujo una llave en la cerradura, y abrió la puerta.

Haciendo un ademán, dijo el teniente:

—Puedes largarte, Percy Kelly. Pero recuerda que no debes abandonar la ciudad, bajo ningún pretexto.

Turlough Owens se quedó de muestra.

Percy salió a la carrera de la celda, y quiso besarle las manos. El detective se lo quitó de encima con unos manotazos.

Gumbril se llevó a Percy.

Al quedar solos Turl y el teniente, inquirió, sin salir de su asombro, el detective:

—¿Ha ocurrido un milagro, Gerry?

El policía ladeó la cabeza, mirándolo atentamente.

—¿De veras que no lo sabes, Turl?

—Ignoro a lo que te refieres, pero, sea lo que sea, te estaré eternamente agradecido, Gerry.

—No seas payaso, Turl. Sabes que, por ti, nunca hubiera soltado al pájaro.

—¿Qué ha ocurrido entonces, Gerry?

—El fiscal consideró que las pruebas no eran lo bastante sólidas. Y han pagado una fianza por Percy Kelly, a pesar de que el juez la fijó bastante alta.

Owens frunció el ceño.

—¿Una fianza?

—Eso es.

—¿Quién la pagó, Gerry?

—Un leguleyo, en nombre de su cliente —masculló Everard—. Es lo que ocurre siempre. Pero yo me encargaré de reunir pruebas sólidas contra ese tipo, y entonces no habrá fianzas.

Turl lo miró a los ojos.

—No lo hagas, Gerry.

—¿Por qué?

—Ese muchacho, Percy, no tiene cara de haber matado a nadie. Se ve, a simple vista, que es un inocente.

—Eso lo veremos.

Ambos hombres abandonaron el pasillo.

En el despacho de Everard se encontraron con Percy y el barbudo Gumbriel. El gordo dio unos pasos en dirección a Turl, sonriéndole de oreja a oreja.

—Ven a mis brazos, Turl, amigo mío.

El detective lo contuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—Deja las efusiones para el final, Percy.

Gerry Everard indicó, con un gesto, la salida.

—Largo de aquí, muchachos. Tenemos trabajo —antes de que alcanzaran la puerta, recordó—: Tenga presente que no debe abandonar la ciudad, Percy.

—Descuide, mi teniente.

Ya en el pasillo, recriminó Turl:

—¿Por qué tienes que llamarlo «mi» teniente?

—Son resabios del servicio militar, Turl. Estoy que salto de contento.

Salieron a la calle, y echaron a andar por la acera.

Turl no dejaba de pensar en la fianza. Descartaba a las telefonistas porque fueron sinceras al decir que no disponían de dinero. Por otra parte, Percy carecía de familia en Dallas. ¿Quién diablos había pagado una fuerte suma por verlo en libertad?

—¿Les apetece un paseo en coche, amigos?

El detective respondió, sin darse cuenta de nada:

—Preferimos pasear a pie.

—¿A que no?

Entonces reparó Turl en que la voz procedía de la derecha de ellos, y giró la cabeza.

La sangre se le heló en las venas.

Un coche se hallaba detenido junto a la acera, con la portezuela posterior abierta. Y dentro, un individuo de aspecto siniestro les sonreía heladamente, encañonándoles con un pistolón de enorme orificio.

Movió el arma, ordenando:

—Adentro, amigos. O me pongo a repartir plomo.

CAPITULO IV

Turlough Owens quedó sentado en un lado del asiento posterior. Entre él y Percy, acomodado en la otra esquina, se sentaba un tipo de rostro pecoso y ojos vacuos.

Le tenía clavado el cañón de la pistola en el costado.

Un mastodonte de grueso cuello y espaldas descomunales se giraba junto al conductor, y asomaba su arma entre los asientos, enfocando al aterrado gordo, recién salido de la cárcel.

Turlough chasqueó la lengua.

—Si esto es un secuestro, van dados, amigos. Entre éste y yo no reunimos ni diez dólares.

El pecoso, sentado entre ellos, clavó más el cañón.

—Hablarás cuando se te diga, fisgón.

—Hombre, lo que yo digo es que... Ya me callo.

El mastodonte sentado junto al taciturno conductor dirigió una ojeada al pecoso.

—Si vuelve a despegar los labios, te lo cargas, Andy.

—De acuerdo, Joe.

Al detective no se le ocurrió preguntar si el arma tenía silenciador. Las perspectivas no podían ser peores para él si, por manos del diablo, se le escapaba una sílaba.

El mastodonte Joe apuntó a la barriga de Percy.

—Empieza a cantar, gordito.

Percy se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Qué género prefiere?

—Ya sabes a lo que nos referimos, gordito. No te hagas el gracioso o te salto los dientes.

Percy no se hizo repetir la orden.

En el terror que lo dominaba, no se le ocurrió otra cosa que batir las palmas y canturrear con voz desatiplada:

—«La hierbabuena se cría en la corriente del río...»

Joe alargó el brazo por encima del respaldo, y le soltó un guantazo en la cara, tirándolo hacia atrás.

—¿A que no eres capaz de pitorrear otra vez? —amenazó, torvo—. Si te hago un agujero en la barriga, te vas a deshinchar como una pelota de goma.

Percy gimoteó, palpándose la mejilla.

—Usted no me dijo que no le gustaba el género ligero —se quejó—. La ópera se me da bastante mal...

Joe le aplicó otro manotazo en la mejilla contraria.

—Ya está bien de cachondeo, ¿eh?

El pecoso Andy terció, conciliador:

—Vamos, gordito, vamos. Sabemos que tú fuiste el último en estar con la chica y, por lo tanto, debes tenerlo en tu poder. Será mejor que digas dónde lo escondiste, antes de que nos encontremos delante del señor Anthony Quarles. Nuestro jefe pierde la paciencia con frecuencia, y puede ordenarnos aplicarte tortura china.

Turl Owens había tragado saliva, al escuchar el nombre de Anthony Quarles. Su nuez bajó y subió a velocidad vertiginosa, aunque se abstuvo de hacer comentario alguno.

Se limitó a levantar la diestra.

El pecoso le dirigió una mirada.

—¿Qué quieres ahora, fisgón?

—Ustedes no se referirán al Anthony Quarles que todos conocemos, ¿no?

—¿A quién si no? —se burló el pistolero Andy—. ¿Conoces a otro Anthony Quarles?

Turlough lanzó una suplicante mirada a Percy.

—Por tu madre, Percy, canta todo lo que sepas, hombre.

—Y no salgas otra vez con la hierbabuena, ¿entiendes? —advirtió, gélido, el grandullón Joe—. Queremos saber lo otro,

Percy puso los ojos como dos medios huevos duros.

—¿Por qué no me hablan de sus preferencias? Me sé un montón de canciones y...

Joe fue a pegarle de nuevo, pero esta vez le esquivó Percy. Con el valor del propio miedo, chilló, encorajinado.

—¿Es que siempre le pega guantazos al que no sabe cantar, córcholis?

Turl Owens recomendó, casi sudando:

—Tranquilo, Percy, que nos perdemos.

Andy intervino, conciliador:

—Deja en paz al gordito, Joe, no seas animal. Verás como por las buenas, nos dice dónde esconde el paquetito que le entregó, anoche, su amiguita Elinor. El muchacho sabe que le conviene portarse bien con nosotros.

Percy miró, extrañado, al pecoso.

—Oiga..., que me maten si lo entiendo.

Joe rió, irónico.

—Eso es exactamente lo que te ocurrirá, gordi...

En aquel momento, se cruzó inopinadamente un camión ante ellos, y el conductor tuvo que pisar a fondo el freno. Como el grandullón

Joe se encontraba de espaldas a la marcha, no pudo prevenirse, y salió proyectado contra el parabrisas.

Turl actuó con rapidez.

Atenazó la muñeca armada del pecosó Andy, y la retorció con saña inusitada. El pistolero aulló de dolor, pero lo silenció el detective levantando la rodilla y clavándosela en el pecho.

Andy quedó medio groggy.

Turl aprovechó la ocasión para abrir la portezuela y saltar a la calle, al tiempo que gritaba al gordo:

—¡Fuera de aquí, Percy!

Kelly no se hizo repetir la orden porque no le gustaban aquellos malditos aficionados a la música. Una vez en el exterior, miró al detective por encima del tejadillo.

—¿Qué hacemos ahora, Turl?

Antes de salir de estampida, tuvo tiempo de gritarle el detective:

—¡Adivínalo!

Percy Kelly movió su pesada anatomía, dándole a las piernas todo lo rápido que le fue posible. Siguió corriendo como un gamo, en pos de Turl, que ya doblaba una esquina en dirección contraria a la que habían traído con el coche.

Cuando llegó Percy a ella, sonó un estampido y pudo ver, con ojos agrandados, el trozo de esquina del edificio que se llevaba por delante el balazo.

Andy y Joe dudaron unos segundos, fuera del auto.

Vieron a un policía que acudía a la carrera en dirección a ellos, y optaron por meterse otra vez en el coche. Este arrancó a toda velocidad, y el conductor esquivó al camión con habilidad.

Turl y Percy escucharon el rugido poderoso del motor, al embalar el vehículo, escapando.

No obstante, siguieron corriendo alocadamente entre los transeúntes, que se apresuraban a dejarles paso libre, en cuanto los veían venir. Tres manzanas más allá, se detuvo, jadeante, Turl y dobló otra esquina, apoyándose en la pared.

Percy llegó a su lado, resollando como una locomotora.

Durante largos segundos, sólo se escuchó la respiración entrecortada de ambos. Después, hablando con dificultad, inquirió Percy:

—No me digas... que todo el tinglado se armó porque... desentono cantando, Turl.

El detective le miró, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

—No te hagas el majadero conmigo, o te echo a los perros, Percy. No me gusta que Quarles esté metido en esto.

—¿Es, acaso, un famoso concertista?

—El mejor concertista de metrallera que tiene el Estado. Y no me

digas ahora que no conoces a Anthony Quarles.

Percy se pasó la mano por la nuca, intentando recordar.

—Bueno... el lechero de mi calle se llama Anthony, y se pirra por la buena música... Pero su apellido no es Quarles.

Turl Owens soltó un resoplido.

—Anthony Quarles es el gángster más despiadado con que cuenta Texas. Aparentemente, es un tipo respetable, que se dedica al negocio de la Importación y Exportación. En realidad, es un pirata desalmado, y tiene a una numerosa pandilla de pistoleros que trabajan para él.

—¿Y la Policía lo deja hacer?

—Nunca han podido reunir pruebas para condenarlo. Ese Quarles es tan despiadado como astuto. Se burla de la Policía cada vez que le viene en gana. Y mientras tanto, cada vez que estornuda te puedo asegurar que mueren de quince a veinte personas.

Percy quedó pasmado.

—¿Y se acatarra muy a menudo?

—Ahora debe tener una «galipandria» de las gordas.

—¿Su médico no lo vacuna? Yo podría recomendarle...

—Tú lo que tienes que hacer es ponerte lo más lejos posible de él —aconsejó, cortándolo Turl—. Y ahora vas a decirme qué es lo que te entregó anoche Elinor Joyce.

Percy arrugó la nariz.

—No sé a qué te refieres, Turl.

El detective inspiró con fuerza.

—Escucha, Percy. Quarles está persuadido de que tienes algo en tu poder, que lo compromete. Eso es evidente, y por eso ha querido llevarnos a su presencia. ¿No lo comprendes? Debe de ser algo que te entregó Elinor.

El gordo sacudió la cabeza.

—Elinor no me dio nada, Turl.

El detective le miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—Completamente, Turl, te lo juro. Sólo estuve con ella unos minutos. Tomé unas copas, y después me largué. Eso fue todo. Elinor no me dio absolutamente nada.

Turl se pasó la mano por el mentón, en actitud pensativa.

—Esto complica más las cosas.

—No me asustes, Turl, por tu madre.

—Ellos, Quarles y su gente, creen que posees algo que les interesa, y tratarán de conseguirlo, como sea. Tienes que desaparecer de la circulación, Percy. Pero si estás engañándome...

—Te prometo que no, Turl. Elinor no me entregó nada.

—Está bien —el detective extrajo una llave del bolsillo del pantalón, y la tendió al gordo—. Vas a esconderte en mi escondrijo secreto.

Quarles no te hallará.

Percy cogió la llave, asombrado.

—¿Qué harás tú, Turl?

—En primer lugar, visitar a tus encantadoras amigas de la Telefónica. Es posible que me aclaren algo.

A continuación, facilitó Turl una dirección y, sin aguardar a que Percy hablara, giróse, alejándose a grandes zancadas.

CAPITULO V

Turlough Owens asomó la cabeza al Departamento de Averías, y contempló a unas catorce o quince muchachas, atareadas en atender las llamadas de los abonados.

En la primera posición, la más cercana a la puerta, Tina Sheridan sostenía una áspera discusión con un abonado pelmazo, a través del micro que tenía delante.

—Esto no es Cabo Kennedy, señor —decía Tinita—. Aquí hacemos el trabajo lo mejor que podemos.

—¿Qué cuál es mi nombre? Tina Sheridan... Sí, Tina, con T de tinaja.

—Lo siento, señor. La jefe está ocupada en estos instantes, y no puede ponerse.

—¿Que hace dos meses que no paga el recibo? Entonces su «avería» está en Comercial, señor. Vaya y suelte la «mosca» ... digo, póngase al corriente, y verá como su teléfono funciona de maravillas.

Turl sonrió, y en aquel momento fue descubierto por la vigilante Lina Moore.

La muchacha acudió, presurosa, a la puerta.

—¿Qué hace aquí? —inquirió, a modo de preámbulo.

—Vine a charlar un rato con usted, Lina.

—¿Cómo ha logrado entrar?

Owens hizo un amago de sonrisa.

—Bueno... en mi profesión, sabemos burlar a un portero. Es una de las asignaturas elementales.

—Usted no puede estar aquí, Turl. Está prohibido y, si lo descubren, nos comprometerá.

—Sin embargo, necesito hablar con usted, Lina.

La atractiva muchacha consultó el reloj de pulsera, con gesto nervioso.

—Dentro de siete minutos es nuestro turno de descanso. Suba al piso de arriba, y entre en el bar. Tal vez lo confundan con un empleado. Si alguien le pregunta, diga que pertenece a Comercial, y acaba de ser destinado a Dallas. En seguida nos reuniremos con usted.

El detective dio una cabezada.

—Correcto.

Subió al piso superior, y siguió la flecha indicativa, en dirección al

bar de servicio interior. Al pasar por delante de una puerta marcada con el letrero de «Interurbano», escuchó algunas frases sueltas:

—Oye, San Antonio, ponme con el 42.582... Santa Rosa, quiero el 53.819, de persona a persona... San Agustín, ponme con el 2.476, es urgente...

Frunció el ceño, y siguió hacia el bar. Estaba por la mitad del «cubalibre» de ginebra, cuando vio aparecer en la puerta a Lina, Joan, Tina y Mary Cuchi-Cuchi.

Las muchachas fueron a la mesa que ocupaba él, y tomaron asiento. Joan se llegó al mostrador, en busca de cuatro «Coca-Cola», negándose a que lo hiciera Owens.

Lina, como siempre, fue directa al asunto:

—¿Qué se le ofrece, Owens?

—Oye, nena... —dijo el joven, haciendo un ademán—. Yo no sirvo para hablar de usted y con protocolos a la gente joven. En adelante, os llamaré de tú y por vuestros nombres. Vosotras podéis hacer lo mismo, caramba.

Lina Moore no dijo nada.

Tinita inquirió:

—¿Qué deseabas de nosotras, Turl?

El detective se rascó el cogote.

—¿Por qué no me aclaráis, antes, una duda?

—¿Cuál?

—¿Aquí tenéis línea directa con el cielo? Al venir nacía aquí, escuché a varias telefonistas que hablaban amistosamente con San Antonio, Santa Rosa y San Agustín. No creí que la Telefónica...

—Pedían conferencias interurbanas —rió Lina—. San Antonio, Santa Rosa, y San Agustín, son poblaciones de Texas. Las telefonistas de todas partes nos hablamos de tú, al solicitar una conferencia, y utilizamos el nombre de las poblaciones.

—Comprendo.

Joan vino con la bebida, y las chicas comenzaron a desliar sus pequeños bocadillos. Antes de dar el primer bocado, dijo Cuchi-Cuchi:

—Debes darte prisa en lo que vayas a decimos, Turl. Sólo disponemos de veinte minutos para comer y charlar.

El detective asintió, y empezó:

—En primer lugar, quiero informaros que vuestro amigo Percy Kelly se encuentra en libertad provisional... aunque más le valdría seguir entre rejas.

El gesto alegre que efímeramente llegó a plasmarse en el rostro de los cuatro muchachas, cambió radicalmente. Lina frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que el teniente Gerry Everard consintió en dejarlo salir, pero ahora lo busca el gángster más sanguinario del Estado. Y al parecer,

con pésimas intenciones.

Las chicas se quedaron atónitas.

Joan repitió, incrédula:

—¿Que a Michelin lo anda buscando un gángster?

Turl levantó los hombros.

—A Michelin no sé quién lo andará buscando. Puede ser su suegra o la policía. Pero a Percy Kelly lo busca nada menos que Anthony Quarles.

Tinita aclaró:

—A Percy lo llamamos cariñosamente Michelin. Ya sabes... por el anuncio de los neumáticos.

Turl compuso una mueca.

—Sois muy aficionadas a los apodos, ¿eh? Pues deberíais saber que al pobre muchacho le habéis creado un complejo de fealdad.

Lina solicitó, impaciente:

—Aclara eso del gángster, Turl.

El detective se congratuló de que la joven accediera a llamarlo, al fin, de tú. Dejó pasar unos instantes, y a continuación explicó:

—Al parecer, vuestra amiga Elinor Joyce no era todo lo limpia que aparentaba —al observar la expresión bruscamente hostil de las jóvenes, se apresuró a aclarar—: Tampoco a mí me gusta hablar mal de una persona muerta y que, por lo tanto, no puede defenderse. Me limito a exponer unos hechos. El tal Anthony Quarles está convencido de que Elinor tenía algo que lo compromete, y está dispuesto a conseguirlo, empleando el medio que sea. Ahora cree que Elinor lo entregó a Percy, la misma noche que la mataron.

Joan Pallarés apuntó:

—¿No ha podido asesinar ese Quarles a Elinor?

—Lo dudo —sacudió la cabeza Turl—. No lo hubiera ordenado, sin tener en su poder lo que anda buscando.

—¿Qué puede ser?

El detective emitió un suspiro.

—Esperaba sacar algo en claro, hablando con vosotras. Percy se encuentra en lugar seguro, y nada puede ocurrirle, en tanto se mantenga allí. Ahora deseo que me digáis todo lo que sepáis, concerniente a Elinor Joyce. Y recordad que cualquier pequeño detalle puede servirme.

Las muchachas guardaron silencio unos segundos, e incluso dejaron de comer sus bocadillos. Finalmente, fue Tina la que rompió el silencio, comentando:

—Elinor era una chica normal. Como todas nosotras.

—Sin embargo, existe algo que la diferenciaba. ¿Qué puede ser? Se admiten sugerencias.

Lina lo miró, recriminativa.

—No es para tomarlo a broma, Turl.

—En mi trabajo no se pueden tomar las cosas demasiado en serio, nena. ¿Se te ocurre alguna idea?

—En estos momentos... no encuentro nada que distinga a Elinor de nosotras. Quizá... que se había vuelto muy reservada últimamente. Pero eso son crisis que pasamos todas las personas.

—Es posible.

—Además... —terció Cuchi-Cuchi—. Elinor sólo llevaba seis meses en el Departamento. Poco podemos saber de ella.

Turl se estaba tironeando una patilla.

—¿Sólo seis meses?

—Así es.

—¿De dónde venía? Quiero decir... ¿cuál fue su trabajo anterior?

—Creo que trabajó como telefonista en la centralita de una empresa particular —informó Joan—. Lo dijo en cierta ocasión.

—¿Recuerdas el nombre de la empresa?

—Creo... que era Engels y Compañía. Sí, estoy segura.

Turl cabeceó, moviendo la cabeza, sonriente.

—Bueno, eso es una pista.

—¿Por qué?

—El tal Engels es un hombre de paja. En realidad, la compañía pertenece por completo a Anthony Quarles. Ya tenemos algo positivo entre manos. Sabemos que Elinor pudo apoderarse de algo que compromete enormemente a Quarles.

Con el ceño ligeramente arrugado, inquirió Lina:

—¿Y esperó seis meses para recuperarlo?

Turl se mordió el labio. No había la menor duda de que la chica era inteligente, además de atractiva.

—Es una buena pregunta —reconoció—. Cuando logre tener la respuesta, tendré mucho ganado.

Se hizo una breve pausa, y luego dijo Lina:

—No tienes ninguna obligación de jugarte la vida por los doscientos dólares, Turl.

El joven distendió los labios.

—Me conmueve tu preocupación, Lina.

La muchacha compuso un mohín de desagrado.

—No seas payaso, Turl. Lo mismo me preocuparía por cualquier persona. Has dicho que Quarles es peligroso.

—Y lo es. Pero nunca dejo un caso sin resolver, una vez empezado. Cuestión de prestigio, ¿sabes? —hizo Turlough una pausa y, levantándose, añadió—: Y ahora me largo o no comeréis nada. No, no hace falta que me acompañéis. Conozco la salida.

—¿Nos mantendrás informadas?

—Desde luego. Sois mis clientes, nenas.

Y sin decir nada más, se dirigió a la salida.

Minutos después, abandonaba el edificio de la Central de Teléfonos, bajo la extrañada mirada del conserje.

Al pisar la acera, sintió que una manaza se apoyaba en su hombro, y soltó un respingo.

El teniente Everard le sonrió, comentando:

—No me digas que ahora trabajas en Teléfonos, Turl.

—Maldita sea, Gerry —gruñó el detective, ya repuesto—. ¿Nadie te habló del infarto de miocardio?

—Sí, Turl. Y también me han hablado de cadáveres estrangulados. Resulta que ya tenemos otro en las manos. Ahora, son dos.

CAPITULO VI

—¿Cómo dices?

El teniente Everard rió, burlón.

—Me has entendido, sin necesidad de tener que repetirlo, Turl.

El detective le miró a los ojos.

—¿Y qué tengo yo que ver en el segundo cadáver, Gerry? No veo la relación...

El teniente de policía indicó, con un ademán, el coche estacionado junto al bordillo, y se encaminó a él, abriendo la portezuela posterior.

—Hablabamos mejor dentro, Turl.

Su ayudante barbudo, Gumbriel, se sentaba tras el volante, y puso el vehículo en marcha, tan pronto se hubieron acomodados en su interior Owens y su jefe.

Ya rodaban sin prisas, cuando dijo Everard:

—Hace tiempo que somos amigos, Turl.

El detective arrugó la nariz.

—Desde luego, Gerry. Y deseo conservar tu amistad.

Sin prestarle demasiada atención, siguió el teniente:

—¿Te has parado a pensar por qué hemos sido amigos tantos años, Turl?

—Bueno... Desde el principio congeniamos y...

—Y un cuerno, Turl.

Owens respiró con fuerzas.

—Oye, Gerry... Deja los rodeos y vayamos al grano, hombre. Si me estás relacionando con el segundo cadáver...

—Desde luego que tengo que relacionarte a él, Turl —cortó nuevamente Everard—. Pertenece de lleno al caso que tienes entre manos.

—No me digas.

—Sí, Turl, te lo digo. Y también voy a decirte el motivo de haber sido tu amigo tanto tiempo. De haber soportado tus chistes baratos, y de no retirarte la licencia en alguna ocasión.

El detective compuso una mueca inexpresiva.

—Adelante, Gerry.

Everard dejó pasar unos instantes.

—En el fondo, eres un buen chico, Turl —dijo, al fin—. Y, sobre todo, jamás me has ocultado nada respecto a los casos que te

encargaban. Eso ha tenido una importancia definitiva en mi aprecio a ti, Turl. No debes olvidarlo.

—No lo olvido, Gerry. Todo seguirá igual que hasta ahora.

El teniente entornó los párpados.

—¿Sí? Dame una prueba, Turl.

Gumbril cabeceó, sin dejar de conducir.

—Eso, que dé una prueba.

Owens le echó una ojeada por el retrovisor.

—Tú te callas, barbas. Hablamos tu jefe y yo.

—Deja en paz a Brian y habla, Turl —pidió Everard, conteniendo con un ademán a su ayudante.

El detective asintió lentamente.

—¿Qué quieres saber, Gerry?

—Todo.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Por dónde has de empezar? Por el principio, hombre. Me sé la historia hasta el momento en que abandonaste la Prefectura, en compañía del gordo Percy Kelly. Luego, un agente vino a contarme que hubo un tiroteo en las cercanías. Dos tipos salieron de estampida del interior de un coche, y da la casualidad que la descripción del agente coincide con vosotros. ¿Te parece un buen comienzo, Turl?

Owens volvió a cabecear afirmativamente. Se limitó a decir:

—Anthony Quarles.

El teniente Everard disimuló perfectamente la sorpresa que le produjo escuchar el nombre, y miró, inquisitivo, al joven.

—Más claro, Turl —pidió.

—Anthony Quarles está metido hasta el cuello en el asunto, Gerry. Sin embargo, no lo veo ordenando a sus esbirros que eliminen a Elinor Joyce. No tiene sentido.

Everard extendió las manos ante el detective, y solicitó con entonación calmada:

—Por partes, Turl, sin precipitaciones. ¿Qué relación tiene Quarles en el crimen de la chica?

—Directamente, ninguna. Según mi opinión, claro.

El teniente dejó escapar un resoplido.

—Te estás haciendo un lío tremendo, Turl. O te aclaras o te retiro la licencia. Primero mencionas a Quarles, y ahora dices que no tiene nada que ver con el asunto.

—Un momento, Gerry —pidió Turlough—. Yo no he dicho que no tenga nada que ver. Lo que digo es que él no pudo ordenar su muerte.

—¿Por qué?

—Ella poseía algo que lo compromete.

—¿A Quarles?

—Eso es.

—¿De qué se trata?

Owens encogió los hombros.

—Lo ignoro, Gerry, de verdad.

—Será mejor que empieces por el principio, y procures que tu relato sea coherente. Sabes que, en el fondo, te aprecio. Por favor..., no me hagas perder la paciencia.

Turlough Owens hizo al teniente una completa narración de todo lo que hasta entonces sabía. Incluso le contó su entrevista con las telefonistas, y el hecho de que Elinor Joyce hubiese trabajado en Engels y Compañía, seis meses antes.

Al terminar, el teniente Gerry Everard guardó silencio unos instantes. Después, miró al cogote de su ayudante.

—¿Qué opinas, Brian?

—Parece que Owens dice la verdad, teniente.

Turl le dirigió una irónica ojeada.

—Gracias, barbas.

—Al César lo que es del César, fisgón.

—Eso, y las barbas donde mejor están es en el suelo de una barbería, chico.

—Ya está bien —masculló Everard—. Según parece, la pista puede ser buena, Turl.

—Eso creo, Gerry. ¿Puedo saber adónde vamos?

—Estamos llegando, Turl. Quiero que le echés un vistazo a un cadáver, en el Depósito.

El detective se removió, inquieto.

—Oye, Gerry, mi médico me tiene prohibidas las impresiones fuertes. Dice que, en cualquier momento, me puede fallar el motor.

—Todos estamos dispuestos a que nos falle el motor, Turl. Puede ser a causa de un balazo, o porque te atropelle un autobús. El caso es el mismo.

—Sí, pero...

—Este bocado es muy grande para ti, Turl —le cortó Everard, desviando el rumbo de la conversación—. No podrás digerirlo.

—¿A qué te refieres?

—A Anthony Quarles. Es un pez demasiado grande para tu red.

El detective reflejó en el rostro una expresión de alarma.

—Eh, Gerry. No me digas que tengo que abandonar el caso. Sabes que jamás lo hago.

—Ahora, sería lo sensato, Turl.

—¿Y quién infiernos es sensato aquí, Gerry? —argumentó, encrespado, el joven—. Lo único que me hace falta para seguir en el asunto es un cliente, y lo tengo. Legalmente, no puedes hacerme a un lado, y lo sabes muy bien, Gerry.

—Sólo te daba un consejo, Turl.

Desde el asiento delantero, habló Brian Gumbрил:

—¿Puedo opinar, teniente?

—Adelante, Brian.

—Aunque la escasa simpatía entre el fisgón y yo es recíproca, creo que debe seguir adelante.

—Explícate, Brian.

—Anthony Quarles conoce a todos los policías de Dallas. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos podido atraparlo con las manos en la masa. Usted mismo apuntó, la posibilidad de que tuviera a un soplón en el Departamento. Owens le parecerá inofensivo, y éste puede sernos de gran ayuda, si colabora abiertamente.

—Veo dónde quieres ir a parar, Brian. Pero insisto en que será bastante peligroso para Turl.

Gumbрил encogió los hombros.

—No pertenece a la policía, teniente.

Owens fulminó la nuca de Gumbрил con aviesa mirada.

—En caso de que me liquiden, no se pierde gran cosa, ¿eh, barbas?

—Exacto, fisgón.

Everard contempló al detective.

—¿Qué dices de la idea de Gumbрил, Turl?

—Que es un berraco..., quiero decir, que estoy de acuerdo en trabajar para vosotros. Con una condición.

—¿Cuál?

—Se sospecha que Quarles y su gente han intervenido en atracos famosos, y existen algunas recompensas. Todas irán a mi bolsillo, si logramos encerrarlo. Una cosa es jugarse el tipo por una cara bonita como la de Lina Moore, y otra muy distinta hacerlo por tipos malintencionados como el barbas Gumbрил.

El teniente dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo. De todas formas, nosotros no podemos aceptar premio por el trabajo. Las recompensas serán para ti. Pero debes mantenerte en contacto conmigo, e informarme de todos tus pasos. Por otra parte, te podremos aclarar cualquier duda, si tenemos datos en los archivos.

—Correcto.

—La «fiambarrera» a la vista, teniente —anunció Gumbрил.

El coche se detuvo ante un edificio, y los tres hombres bajaron.

Se introdujeron en él y, después de recorrer varios pasillos, llegaron a una sala pintada de blanco, en la que se condensaba un extraño olorcillo.

Un tipo de bata blanca tiró de un cajón esmaltado, a un ademán del teniente, y apareció un bulto alargado, cubierto por un lienzo también blanco.

El hombre levantó un extremo de la sábana, y Turl pudo ver un

rostro macilento, lechoso.

Crispó las mandíbulas, sintiendo un raro desasosiego.

A su lado, preguntó el teniente:

—¿Lo conocías, Turl?

El detective emitió un gruñido.

—¿Cómo diablos quiere que lo conociera? Es la primera vez que lo veo, y ojalá no lo hubiera visto nunca. Esta noche tendré pesadillas.

—Su nombre era Deán Joyce —anunció Everard—. Hermano de Elinor.

Turlough dejó escapar un respingo.

—Al parecer, alguien la ha tomado con la familia, ¿eh?

—No vivía con su hermana. Lo hemos podido averiguar, en las primeras investigaciones. De momento, es todo lo que sabemos. Seguimos trabajando en las indagaciones.

Turl hizo una mueca.

—¿Salimos fuera, Gerry? Me están entrando tembleques.

De nuevo en el exterior del Depósito, abrió Everard la portezuela del coche, pero denegó Owens.

—Prefiero respirar aire fresco, si no te importa, Gerry. —De acuerdo —hizo una breve pausa, y en seguida agregó—: No olvides que vamos a trabajar en equipo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Qué piensas hacer, Turl?

El detective encogió los hombros, y tardó unos segundos en responder al policía:

—Me parece que visitaré a Quarles, Gerry.

Everard frunció el ceño.

—¿Con qué propósito?

—Ya me inventaré algo, sobre el terreno. Si se quiere romper un cristal, lo mejor es arrojarle una piedra.

El barbudo Brian Gumbriel rió, burlón.

—Cuidado con los cristales rotos, piedra.

—Descuida, barbas —replicó, áspero, Owens—. Soy más duro de pelar de lo que aparento.

Luego, hizo un mudo saludo de despedida con la diestra, y se alejó por la acera.

Viéndolo alejarse, comentó el teniente Everard:

—Habrà que vigilarlo de cerca, Brian. Ese muchacho se va a meter en la boca del lobo.

—Y el lobo tiene unos colmillos muy afilados, ¿eh?

—Exacto.

CAPITULO VII

Vicky, Tina, María Dolores y Lina abandonaron la Central de Teléfonos, y avanzaron por la acera. Las cuatro habían hecho, aquel día, un turno especial, y por esa razón salieron a la calle más tarde de la hora habitual.

Eran las ocho y cinco de la noche.

Las personas que se movían por la plaza, de un lado para otro, en dirección a sus domicilios, eran escasas. Las cuatro chicas llevaban modernos bolsos de piel arrugada, colgados del hombro. Bolsos que, si bien distaban mucho de ser elegantes, resultaban muy prácticos, al parecer.

Lina miró en derredor, y frunció el ceño.

—Es raro que no esté Turl. Dijo que vendría a esperarnos.

María Dolores hizo un gesto.

—Le habrá sido imposible.

—Todo esto me tiene preocupada —confesó Lina—. No hemos debido meterlo en el caso.

Tinita le dirigió una aviesa mirada.

—Te gusta Turl, ¿oh, Lina?

—No seas idiota, Tinita.

—Oye..., de idiota nada —respondió Tina, riendo—. Si a ti no te interesa, voy a intentar echarle el lazo yo, ¿comprendes?

Lina Moore levantó los hombros. La ausencia del joven la preocupaba.

—Por mí... —replicó, casi sin darse cuenta.

Vicky intervino entonces en la conversación:

—Mira, Lina, será mejor que seamos francas. Todas nos hemos dado cuenta de que Turl está por ti. Que lo tienes en el bote cuando quieras, vaya. Ahora bien, si tú confieras que no te interesa..., procuraremos que se decante hacia una de nosotras, ¿entiendes?

Lina hizo un gesto de contrariedad.

—Dejadlo en paz.

Tinita sonrió, asintiendo irónica.

—Eso es otra cosa. Acabas de reconocer que el joven te interesa. Te dejaremos el campo libre, chica.

Se disponía a replicar airadamente Lina, cuando un coche negro se detuvo junto a ellas, y dos individuos bajaron con rapidez de él. Uno

de ellos empuñaba una pistola, provista de silenciador, y apuntó con ella a Tina.

—Dos de vosotras, subid al coche.

Las muchachas se quedaron de muestra.

Vicky fue la primera en reaccionar, y movió la cabeza, denegando:

—Preferimos ir andando, gracias.

El tipo movió el arma, impacientándose.

—¡Vamos, sin perder ni un segundo!

Tina Sheridan también salió de la primera impresión, y lo hizo de manera imprevista para el sujeto.

Movió el brazo derecho con celeridad, y el bolso describió un arco en el aire, chocando contra la pistola con la que era amenazada. El arma se escapó de los dedos del tipo, y cayó al suelo.

—¡Maldita perra...!

Imprecando la maldición, el individuo se inclinó con intención de recoger la pistola.

Pero Lina imitó a su amiga, y estrelló el bolso en la nuca del fulano, que quedó a gatas en el suelo, sacudiendo la cabeza. Al parecer, en el bolso de Lina había algún objeto contundente.

El segundo tipo atrapó a María Dolores por los codos, y la empujó en dirección a la portezuela abierta del coche.

Vicky saltó, convertida repentinamente en una tigresa, al comprender lo que pretendían ambos hombres. Lanzó un zarpazo, y en la mejilla del que sujetaba a María Dolores aparecieron tres surcos, que comenzaron a manar sangre.

El individuo aulló de dolor, llevándose ambas manos al rostro.

María Dolores le sacudió un puntapié en la espinilla, y entonces se puso a bailar a la pata coja, sin dejar de aullar.

Desde el interior del auto, gritó, colérico, el conductor:

—¿Es que no vais a poder con unas muchachas, condenación?

Tinita se inclinó, mirándolo por la ventanilla.

—Ahora te damos tu parte, valiente.

—Sí, ¿eh?

Entretanto, Lina no dejaba de manejar el bolso, estrellándolo con furia inusitada en la cabeza del hombre que seguía a gatas por el suelo, sin preocuparse ya de recuperar la pistola.

Su único interés radicaba en eludir los continuos golpetazos que estaba recibiendo.

Por los alrededores, no había nadie que pudiera acudir en ayuda de las muchachas.

El fulano de la mejilla ensangrentada, lanzó un zurdazo impresionante, alcanzando a María Dolores y arrojándola a varios metros de distancia. La mexicana perdió el conocimiento.

Vicky se lanzó de nuevo al ataque, con las manos engarfiadas por

delante, y el fulano, al verla venir, profirió una maldición, al tiempo que mascullaba:

—¿La otra mejilla también?

Levantó la pierna, lanzando un patadón, que estuvo a punto de alcanzar a la fina Vicky. Dada la esbeltez y delicadeza de la bella muchacha, hubiera resultado fatal para ella.

Sin embargo, al ladearse, resbaló cayendo al suelo. Tuvo que girar con prontitud sobre sí misma, evitando el alevoso pisotón del energúmeno.

Tinita acudió por la espalda de éste, y le estrelló el bolso en la oreja, haciéndole sentir un zumbido interminable, que amenazó con romperle el tímpano. El tipo se giró, convertido en un basilisco, dispuesto a dejar de lado las contemplaciones.

Pero el conductor había abandonado su asiento, después de comprobar que no había testigos por los alrededores, y, aproximándose a Tina, le golpeó el cuello con el canto de la mano.

La chica se desplomó, soltando un gemido.

El refuerzo de los otros dos llevó la mano a la axila, y extrajo un pistolón, apuntando a la pierna de Lina Moore.

—Lo mismo nos da llevaros ilesas que cojas —amenazó, torvo—. Tenéis tres segundos para decidir.

Tanto Lina como Vicky se quedaron inmóviles.

Ambas fueron empujadas, sin miramientos, al interior del coche, y el conductor ocupó su lugar tras el volante. Sus dos compañeros se acomodaron al asiento posterior, llevando a las dos muchachas entre ellos.

El de la mejilla sangrante masculló:

—¡Malditas mujeres...!

Antes de arrancar, se burló el conductor:

—Son agresivas, ¿eh, Bud?

Luego, el coche se puso en movimiento, y partió a toda velocidad.

En total, desde que las chicas fueron asaltadas, no habían transcurrido ni tres minutos. Todo sucedió velozmente.

En la acera, quedaron desvanecidas Tina y María Dolores.

Dada la escasez de personas por los alrededores, a pesar de ser un lugar relativamente céntrico, pasaron otros dos o tres minutos hasta que las dos telefonistas fueron auxiliadas.

Pero el coche ya había desaparecido.

CAPITULO VIII

—¿Qué pretende demostrar, Owens? ¿Que le sobran agallas?

El detective denegó, moviendo la cabeza.

—Puedo asegurarle que, en estos momentos, tengo el corazón metido en un puño, Quarles.

El poderoso gángster compuso una mueca displicente.

—¿En tan mal concepto me tiene?

—¿Puedo ser sincero, sin que uno de sus gorilas me clave un cuchillo en la espalda, o me largue un plomazo en la nuca?

Anthony Quarles torció la boca en agria sonrisa.

Se trataba de un hombre que frisaba en los cincuenta, y toda su anatomía denotaba enérgica vitalidad. El mentón cuadrado y los finos labios le conferían aspecto de agresiva tenacidad, no desprovista de crueldad. Su cabello era corto y entrecano.

—No sea macabro, Owens —respondió, gélido—. Aquí me ensuciaría la alfombra, y no vale la pena.

Turl le miró fijo a los ojos.

—No ha respondido a mi pregunta, Quarles.

El gángster abrió las manos, en invitante ademán.

—Adelante, Owens. Sea sincero.

Sin pestañear, dijo el detective:

—Le tengo en el peor concepto que pueda imaginar, Quarles. Para mí es un mal bicho, una lacra de la sociedad.

Anthony Quarles atirantó el semblante. El pelirrojo Andy y el mexicano Chimo Alvarez, situados a espaldas del detective, junto a la puerta del lujoso despacho, iniciaron un lento movimiento.

Los contuvo su jefe, al tiempo que decía:

—Quietos, muchachos. He dicho que no vale la pena ensuciar la alfombra —luego miró heladamente a Turl, y advirtió—: Pero puedo ordenar que lo arrojen por la ventana, Owens. Son siete pisos, y me parece un salto demasiado grande para usted.

—Desde luego, Quarles —convino Turl—. Es una posibilidad, que sopesé antes de decidirme a venir. No creo que lo haga porque el teniente Everard tendría el motivo que necesita para quitarlo de la circulación.

Turlough Owens estaba diciendo la verdad.

El día anterior dijo a Gerry que iría a visitar a Quarles. Sin embargo,

se había pasado gran parte de la noche escuchando los ruinosos ronquidos del gordo Percy Kelly, y pensando en los múltiples peligros que correría acudiendo al edificio donde se ubicaban los principales negocios de Anthony Quarles.

Pero allí estaba.

Quarles decía:

—Eso es una baladronada, Owens. Todos los detectives acostumbran a actuar por su cuenta, sin contar con los policías.

—Mi caso es la excepción que confirma la regla, Quarles.

—Dejémonos de divagaciones, Owens —pidió el gran hombre—. Mi tiempo es oro, y no lo puedo perder con un cualquiera. ¿A qué se debe su inesperada visita?

Turl dejó escapar una risita, y arqueó las cejas.

—Creo que aquí hay un error, Quarles. Eran sus gorilas los que querían traerme por la fuerza. Lo puede confirmar el pelirrojo de la cara llena de pecas.

—Comete un error, Owens. El que me interesa es su amigo, el gordito.

—Me lo suponía.

Hubo un corto silencio, y dijo Quarles:

—Claro que, ya que se encuentra aquí, voy a proponerle un negocio, Owens.

—También digo que lo supongo. Y mi respuesta es no.

—Aún no he hablado.

—Pero imagino lo que dirá, Quarles.

—Puedo ofrecerle veinte de los grandes, si me entrega a Percy Kelly. Y garantizarle que no morirá.

Turl silbó entre dientes.

—Debe ser algo verdaderamente importante, ¿eh, Quarles?

—¿A qué se refiere?

—No se haga el tonto, que no le cae. Usted imagina que Percy tiene en su poder el paquetito que lo compromete.

Anthony Quarles achicó los ojos peligrosamente.

—¿Qué sabe usted, Owens?

El detective sonrió, comprendiendo que sus sospechas acababan de ser reconocidas por el gángster. Decidió jugar una baza que podría serle hartito peligrosa.

—Lo sé todo, Quarles. Pero está equivocado con Percy, ya que él es un pobre diablo, que se ha visto envuelto en el lío, sin buscarlo. No obstante..., yo tengo una pista para hallarlo. Y cuando lo tenga en mi poder, lo pasaré al teniente Everard.

Los ojos semicerrados del gángster brillaron en destello homicida.

—¿Está seguro de que lo hará, Owens?

—¿El qué? ¿Encontrarlo o dárselo a Everard?

—Lo último.

—Bueno... —sonrió vagamente el joven—. Quizá podamos llegar a un acuerdo económico, cuando lo tenga.

Escrutándole el semblante, dijo Quarles:

—Cincuenta mil, Owens.

—Cien mil, Quarles.

El poderoso gángster se mantuvo unos instantes en silencio. Después acabó dando una lenta cabezada afirmativa.

—De acuerdo, cien mil. ¿Cuándo lo tendré?

—He dicho que tengo que buscarlo, Quarles. No se precipite.

—¿Cuándo... supone que lo tendrá en su poder?

Turl levantó los hombros.

—Pueden ser cinco días o dos semanas. Depende de las dificultades que encuentre.

—Le propongo otra cosa.

—Diga.

—Sesenta mil, y deja que mis chicos lo busquen. Sólo tiene que facilitarnos la pista... y que ésta sea cierta.

Owens movió la cabeza, en lenta negativa.

—Prefiero el primer acuerdo, Quarles. Cien mil dólares son más que sesenta.

—Y sesenta más que una bala o una cuchillada, Owens —anunció heladamente el gángster—. ¿Se da cuenta de que puedo retenerlo y sacarle lo que sabe?

El detective reflejó una vaga expresión en el rostro.

—Le creo más inteligente que todo eso, Quarles. Esa sería la forma de actuar de uno de sus gorilas. Gente que tienen menos sesos que un mosquito.

El pecoso Andy apretó los maxilares, y los ojos oscuros del mexicano fulguraron.

Anthony Quarles rió, sacudiendo la cabeza.

—¿Quiere que le diga una cosa, Owens? Todavía no acabo de comprender que se haya atrevido a venir a verme. Estoy tratando de descifrar si es un loco, o un idiota.

—Ninguna de las dos cosas, Quarles —replicó Turl—. Soy un fulano al que le gusta coger al toro por los cuerdos.

—¿Y yo soy el toro?

—Más o menos.

El mexicano Chimo Alvarez informó, a espaldas de Owens:

—Eso, en mi tierra, es un insulto, jefe. Es como llamar a un hombre cabestro.

Quarles levantó la diestra, silenciando al mexicano. A continuación, clavó una inquisitiva mirada en Turl.

—¿Cuál era, realmente, su propósito al venir, Owens?

Turl no podía decirle que su intención era averiguar si estaba en lo cierto, al pensar que Elinor Joyce poseía algo comprometedor para el gángster, y que se había convencido de ello. Y debía ser algo de suma importancia, cuando ya habían muerto dos personas, y Quarles estaba dispuesto a pagar cien mil dólares.

Le quedaba otra cosa por averiguar, y por eso dijo:

—Encontrar al verdadero asesino de Elinor Joyce, y demostrar así la inocencia de mi cliente.

Quarles dejó escapar una risita irónica.

—¿Y supone que lo encontrará aquí, Owens?

—No, desde el momento en que la chica murió sin descubrir el paradero de su secreto. Le aseguro que no lo creo culpable de su muerte. Y tampoco de la de su hermano.

Quarles respingó, sobresaltado.

—¿Qué está diciendo, Owens?

—¿No lo sabe? —se burló el detective—. Deán Joyce, el hermano de Elinor, apareció muerto ayer.

El rostro del gángster se congestionó.

—¡Eso es mentira! —rugió.

—No se preocupe, Quarles, tampoco le creemos culpable de la muerte de Deán Joyce —hizo una pequeña pausa y añadió—: Usted no se ha enterado porque el teniente Everard ha decidido ocultarlo a la prensa, por ahora.

Y el segundo propósito de Turl quedó logrado.

La expresión de estupor que reflejó el duro semblante de Quarles le confirmó que no había ordenado su muerte. Y también que conocía la existencia de Deán Joyce, antes de su muerte.

Nada le quedaba por hacer allí.

Se puso en pie indolentemente, al tiempo que decía:

—Me pondré en contacto con usted, cuando tenga la mercancía, Quarles. Vaya reuniendo los cien mil.

—Un momento, Owens. Aún no hemos terminado.

—Su tiempo es oro, ¿recuerda?

—En ocasiones puedo derrocharlo, y ésta es una de ellas.

—Oiga, Quarles..., no estará pensando en retenerme, ¿eh? Le advierto que es verdad lo que le dije del teniente Everard. Trabajamos en colaboración.

—¿Le importa que lo dude, Owens?

—Allá usted, pero le aconsejo que no lo intente. Se está jugando el cuello.

El gángster negó en lenta cabezada, y la sangre se heló en las venas de Turl, al ver el brillo de sus pupilas. Como si masticara cada palabra antes de soltarla, fue diciendo Quarles:

—No lo creo en absoluto, Owens. Ya le dije que ustedes, los

detectives privados, jamás colaboran con la policía. Prefieren hacerlo todo solitos. Además..., únicamente deseo que me diga unas cosas que me interesan. Puede hacerlo por las buenas o por las malas. Le toca decidir, Owens. Recuerde que hasta la calle hay siete pisos, y me sobrarían testigos de que fue un lamentable accidente.

Turl tragó saliva con dificultad.

Había ido demasiado lejos.

Lo comprendió al ver el gesto que hacía el gángster a sus dos gorilas.

Y éstos lo interpretaron correctamente, puesto que sacaron sendas pistolas, provistas de silenciador.

CAPITULO IX

El mexicano Chimo Alvarez inició la marcha en dirección al joven, y en sus ojos descubrió Turl una mirada de intenso odio, de crueldad inusitada.

El pecosito Andy le imitó, y dijo Chimo, regocijándose:

—A lo mejor el tipo tiene siete vidas como los gatos, y resulta que cae en pie, jefe.

Andy chasqueó la lengua.

—Pero no tiene paracaídas, Chimo.

Turlough pensó que tenía que jugárselo todo a una carta. Cualquier cosa, antes de que aquellos brutales verdugos llegaran a ponerle las manos encima.

Súbitamente, los embistió.

Logró pillarlos desprevenidos, y clavó la testa en el vientre del mexicano, siguiendo su propio impulso.

Alvarez se encogió, abriendo mucho la boca, y el índice se crispó involuntariamente sobre el gatillo de la pistola. Esta se disparó, y en el despacho sonó un taponazo sordo.

La fatalidad para los pistoleros, y la fortuna para Owens, hizo que la bala surgida de la pistola del mexicano se alojara en el pecho del pecosito Andy.

El pelirrojo desorbitó los ojos, asombrado.

En el centro del pecho, justo en medio de la corbata, se abrió un agujero que comenzó a manar sangre, empapándole la prenda. Sus dedos se abrieron, dejando escapar la pistola, que le pesaba como el plomo, y, con la espalda apoyada en la pared, fue resbalando lentamente hasta el suelo.

Quedó encogido, en grotesca postura.

En su cara quedó petrificada una expresión de incredulidad.

Turl no dejó escapar ni una décima de segundo.

Levantó la cabeza bruscamente, estrellándola en el mentón del encogido Chimo, a cambio de hacerse daño a sí mismo. Pero el mexicano se desplomó, poniendo los ojos en blanco.

Anthony Quarles abrió un cajón de la mesa, con febriles movimientos.

Turlough se arrojó en rápida zambullida y, cogiendo la pistola del pecosito Andy, la levantó, apuntándole a la cabeza. En su cara había

una salvaje mueca al intimidar:

—¡Quieto, Quarles!

Luego, soltó una risita sarcástica, y comenzó a levantarse, sin dejar de apuntarle.

—Ahora tengo la sartén por el mango, ¿eh, Quarles?

El gángster le dirigió una escéptica mirada, a pesar de tener lívido el semblante.

—¿Hasta dónde cree que llegará Owens?

—Hasta la propia calle, Quarles. Y utilizando el ascensor. No me gustan las ventanas. Sólo las uso cuando se trata de penetrar en la habitación de cualquier señora amable y educada.

—Oiga, Owens...

—Levante las zarpas, antes de seguir hablando, Quarles. Deseo tenerlas a la vista, en todo momento.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—Esa era mi pretensión —mintió el joven—. Pero usted lo ha estropeado. Ahora sólo queda un punto, en el que poder basar un acuerdo.

—Dígalo y será cosa hecha, Owens.

—Tendrá que acompañarme hasta el coche que me aguarda en la calle. Supongo que el edificio dispone de un ascensor para su uso personal, ¿no? Me defraudaría si dijese lo contrario, Quarles.

El mexicano Chimo Alvarez empezó a dar señales de vida, e intentó incorporarse, aún semiinconsciente. Turl le dio un patadón en el cuello, y lo arrojó otra vez por los suelos.

Miró inocentemente a Quarles.

—No le importará si el muchacho no puede resistirlo y se muere, ¿verdad, Quarles?

El gángster mantenía prietos los labios.

—Se lo tiene merecido, por imbécil —masculló.

El joven rió, aprobando con la cabeza.

—Y además por canalla, Quarles. ¿Ve? Ese es un punto en el que estamos completamente de acuerdo. Vamos a ver si nos entendemos en el más importante. ¿Dónde se encuentra el ascensor particular?

—Le ofrezco ciento cincuenta mil, por trabajar para mí, Owens. Jamás pudo pensar en una cifra semejante.

—Lo pensaré, llegado el momento, Quarles, lo prometo. Ahora ardo en deseos de abandonar este confortable despacho. Vamos, no pierda el tiempo dándome cuerda porque si alguien escuchó el taponazo que acabó con el pobre Andy, y se le ocurre asomar la jeta, sería usted el primero en pagar las consecuencias.

Quarles hizo rechinar los dientes.

—Se arrepentirá de esto, Owens.

El joven levantó la pistola, y apuntó cuidadosamente a la frente del

temible gángster. Comenzó a curvar el dedo índice sobre el gatillo, y observó el rostro demudado que tenía enfrente.

Quarles señaló una puerta, situada al fondo del amplio despacho.

—Allí está el ascensor, Owens. Pero le advierto que...

—No advierta nada, Quarles —cortó, seco, Turl—. Vaya allí, y abra la puerta. Haremos el descenso como dos buenos amigos. La pistola estará en el bolsillo de mi americana y temo que se dispare, si intenta hacer alguna señal a uno de sus esbirros.

Anthony Quarles obedeció, pálido de rabia.

Ya bajando, aconsejó el detective:

—Dulcifique el semblante, hombre. Cualquiera puede pensar que asiste a su funeral.

Alcanzaron el lujoso vestíbulo del edificio, y lo cruzaron sin novedad. Dos tipos situados junto a una columna miraron interrogativamente a su jefe, pero éste no les prestó la menor atención.

Se estuvieron quietos.

Ya en la acera, aguardó Owens hasta que un coche se les acercó. Manejaba el volante Percy Kelly y, dando una palmada amistosa con la zurda al gángster, dijo, risueño, Turl:

—Buen chico, Quarles.

—Se ha metido en un lío, del que sólo puede salir con los pies por delante, Owens.

—Correré el riesgo, Quarles.

Y sin decir nada más, se introdujo en el auto.

—Pisa a fondo el acelerador, Percy —ordenó al gordo—. No quiero que llueva plomo sobre nosotros.

Percy obedeció, sin necesidad de explicaciones. Rodando ya a la máxima velocidad permitida, inquirió:

—¿Adónde vamos, Turl?

—Enfila hacia las afueras de la ciudad. He decidido que nos tomemos un día de campo. El aire de la montaña sin contaminación, nos sentará de maravilla.

—¿Hablas en serio, Turl?

—Completamente. Dentro de unos minutos, Quarles lanzará a su jauría a olfatear nuestro rastro. Dallas se nos va a quedar convertido en una villa de cuatro vecinos. Hasta podrían averiguar mi madriguera secreta, si tienen un poco de «chamba».

Después de rodar un trecho, quiso saber Percy:

—¿Qué harían, si nos atrapan, Turl?

El detective torció el gesto.

—Dejarnos una cara muy fea, Percy.

—Yo ya soy feo, Turl.

—Eres un Adonis, comparado al Percy que dejarían. Hazme caso, y

déjame pensar, amigo. Cuando nos encontremos fuera de Dallas, a unos quince o veinte kilómetros, buscas un motel y te detienes.

—Correcto, Turl.

El detective se sumió en sus pensamientos, poniéndose cómodo en el asiento posterior.

Fue atando cabos minuciosamente.

Si descontaba a Percy Kelly y a Anthony Quarles, como presuntos asesinos de los hermanos Joyce, tenía que llegar a la conclusión de que existía una tercera persona involucrada en el asunto.

Lo difícil iba a ser dar con la identidad de ésta.

El criminal podría seguir matando, en la más completa impunidad, hasta que lograran una pista que condujera a él. Preocupado, comenzó a preguntarse quién sería la próxima víctima.

CAPITULO X

Hasta las seis de la tarde se sintieron ambos amigos a salvo, alojados en un motel de la carretera de Dallas a Waco. Pensaba Turlough, regocijado, en la cara que pondría Quarles cuando le fueran llegando noticias negativas de sus secuaces.

Porque seguro que estaban pasando la ciudad por una criba.

Percy se cansó de releer las revistas de historietas, y consultó el reloj.

—¿Hasta cuándo estaremos aquí, Turl?

—Pronto nos iremos, Percy. Sólo el tiempo de hacer dos llamadas telefónicas, y regresaremos a Dallas. Ya será de noche, y nos resultará más fácil pasar desapercibidos.

El detective descolgó el auricular, y pidió comunicación con el Departamento de Averías de la Central de Dallas. Utilizó un número facilitado por Lina Moore para casos urgentes.

Tuvo suerte, y fue la propia Lina quien descolgó al otro lado del hilo.

—Averías, dígame.

—No tengo nada averiado, preciosa, te lo aseguro.

—¡Turl! ¿Dónde estás?

—Hoy nos hemos tomado el día de asueto, Percy y yo, nena. Nos encontramos disfrutando de la naturaleza, fuera de la ciudad.

—La gente de Quarles andan buscándote, Turl.

—Me lo imagino. ¿Cómo lo sabes?

—Estuvo a vernos el teniente Gerry Everard. Dice que los pistoleros de Anthony Quarles os buscan con verdadero ahínco. Estáis corriendo un gran peligro, Turl.

—Quarles ni siquiera sospecha que estamos aquí, Lina. Cuando acabemos de hablar, llamaré a Everard.

Hubo una breve pausa, y dijo Lina:

—Desde aquí, no puedo hablar demasiado, Turl. Lo tenemos rotundamente prohibido.

—Entiendo. Entonces, será mejor que vaya al grano. ¿A qué hora abandonas el trabajo?

—Hoy salgo a las ocho. Tenemos turno especial.

—Estupendo. Así podré esperaros a la salida.

—No debes correr ese riesgo, Turl.

—No te preocupes por mí, y escucha con atención, nena. Quiero que penséis profundamente en vuestra amiga asesinada, en Elinor Joyce. Cualquier pequeño detalle, por insignificante que os parezca, puede ser de gran ayuda para mí. Tengo que encontrar a una persona que, de alguna manera, ha tenido que estar relacionada con Elinor. Quiero que penséis, por separado, en ella, y tratéis de recordar todo lo ocurrido, desde que entró a trabajar en Teléfonos. Y deseo, también, que apuntéis en papeles separados lo que vayáis recordando de ella. A las ocho pasaré a buscaros, y espero que me tengáis preparado el mayor número de datos posible. Recuerda, y transmite a tus amigas que apunten cuanto se relacione con Elinor. Y otra cosa que me interesa...

—No puedo seguir hablando, Turl, viene la jefa.

—Una última cosa. Por si no puedo llegar a las ocho, ¿dónde te puedo ver esta noche?

Lina murmuró una dirección, y colgó.

Turl también ahorquilló, y a continuación apuntó la dirección en un papel. La repitió varias veces hasta memorizarla, y luego quemó el papel, reduciéndolo a cenizas. No deseaba llevar encima la dirección de la muchacha, por si le atrapaba la gente de Quarles.

Descolgó de nuevo el auricular, y trató de conectar con Everard.

Le respondió una voz carente de inflexión:

—Sargento Marvin, diga.

—Deseo hablar con el teniente Everard.

—¿Quién es usted?

—Es un asunto personal, sargento Marrón. Pásame con su jefe.

—Diga su nombre y dirección.

—No me da la gana.

Turl pudo escuchar el resoplido del sargento, al otro lado del hilo.

—Oiga, ciudadano...

—Escuche usted, sargento Marvin —le interrumpió Owens—. El caso es de extrema urgencia para el teniente Everard. Perderá toda posibilidad de ascenso, si continúa poniendo impedimentos. Ande, sea buen chico y póngame con él.

De nuevo escuchó el detective un resoplido.

—El teniente Everard no se encuentra aquí, en estos momentos, ciudadano.

—¿Dónde puedo localizarlo?

Ahora le llegó una risita sardónica.

—El teniente Everard tiene la mala costumbre de no comunicarme personalmente sus andanzas, ciudadano. Lo siento, pero va a tener que arreglárselas por su cuenta.

Turl masculló una maldición, y colgó.

A su lado, preguntó Percy:

—¿Qué ocurre, Turl?

—No he podido hablar con Gerry. Vámonos de aquí.

A las siete y cuarto, desde una cabina pública, volvió a marcar Owens el número de la policía.

El sargento Marvin volvió a comunicarle que seguía ignorando el paradero del teniente.

El detective salió de la cabina, imprecando entre dientes:

—¿Dónde diablos se habrá metido?

Regresó al coche, donde aguardaba Percy tras el volante e informó:

—Todavía no regresó. Valiente servicio de policía tiene esta asquerosa ciudad. Y luego vienen dándose aire de perdonavidas. Cuando me lo eche a la cara...

—¿Por qué tienes tanto interés en localizarlo, Turl?

—Necesito su colaboración para frenar a Quarles.

—¿Y si no consigues hablarle esta noche?

Owens encogió los hombros.

—Nos las arreglaremos sin él, Percy. Arranca.

—¿Vamos a Teléfonos, Turl?

—No —decidió el detective, tras mirar el reloj—. Visitaré a Lina en su casa, más tarde. Ahora, tenemos que regresar a la madriguera y rezar por que no la hayan descubierto la gente de Quarles.

Percy tragó saliva.

—Oye, Turl..., puede resultar peligroso.

—¿A qué te crees que estamos jugando, Michelín? —gruñó Owens—, Tu vida y la mía penden de un delgado hilo, desde que todo el embrollo comenzó. Para Quarles es más sencillo hacer vigilar a las telefonistas, que encontrar mi cuchitril. Le consta que, en un momento u otro, intentaré acercarme a ellas.

—Supón que han tenido chiripa, y te han localizado.

—No lo creo. El apartamento y todos sus servicios, incluido el teléfono, figura a nombre del propietario. Es una gran ventaja, dadas las circunstancias actuales. Lo único que lamento es que dije a Lina que iría a buscarlas.

—Y has cambiado de parecer.

—Estuve recapacitando sobre eso, y no lo estimo oportuno. Podría ser peligroso para las chicas. Te quedarás en el apartamento mientras voy a visitarla en su domicilio. Espero que su viejo no vea nada extraño en mi persona.

Percy se removió, inquieto.

—¿Me dejarás solo?

—Me desenvolveré mejor sin tu compañía, Percy.

Diez minutos más tarde, llegaban a las cercanías del edificio donde se hallaba la vivienda de Owens. Estacionaron el coche en la manzana anterior y, por espacio de unos minutos, se dedicaron a inspeccionar

los contornos.

No parecía existir nada sospechoso por allí.

A una señal de Turl, descendieron y se encaminaron resueltamente a la entrada.

Lograron alcanzar la escalera, sin novedad.

Ya en el pasillo interior del primer piso, frente a la puerta del apartamento, tuvo el detective un vago presentimiento, al observar el estado de la alfombra, situada delante de la entrada. Sacó la pistola, haciendo un ademán a Percy para que se apartara.

Al gordo comenzaron a temblarle las piernas.

Turl abrió violentamente, empleando la zurda, y se arrojó al suelo rodando por él, mientras empuñaba la pistola en la diestra.

Sentado en un confortable sillón, rió el teniente Everard.

—Si haces una entrada así en el escenario de un teatro, te aplauden a rabiar, Turl.

CAPITULO XI

Turlough Owens hizo un detallado relato de todo lo acaecido, desde que les abandonó, el día anterior. También dijo que había intentado establecer contacto con ellos, habiendo sido infructuoso.

Gerry y el barbudo ayudante cambiaron una mirada. Finalmente, explicó el teniente:

—Hemos tenido mucho trabajo, Brian y yo, Turl. Pongo en tu conocimiento que los hermanos Joyce se llevaban bastante bien, a pesar de vivir separados.

Se levantó, dando unos pasos por la estancia y, pasándose la mano por el mentón, añadió:

—Así que el bueno de Andy ha muerto, ¿eh?

—Fue un accidente, Gerry.

—No debes preocuparte, Turl. Quarles no ha presentado ninguna denuncia. Dirán que ha muerto repentinamente, y se limitarán a enterrarlo en la intimidad. Lo raro es que pudieses salir con vida del edificio Quarles. Aquello es una ratonera.

—Tuve suerte.

El barbudo Brian Gumbriel dijo, sincero:

—Empiezo a cambiar mi opinión respecto a ti, fisgón. Owens encogió los hombros, indiferente.

Dijo Everard:

—De modo que piensas, firmemente, que existe una tercera persona en el asunto, ¿no, Turl?

—Estoy plenamente convencido de ello, Gerry. Si continuas pensando en Percy como culpable, vete olvidándolo. Tampoco lo hicieron la gente de Anthony Quarles.

—Tal como lo pintas, no caben dudas respecto a esa tercera persona. ¿Supones quién pueda ser?

—No tengo ni la menor idea, Gerry. Por eso pedí a las muchachas de Teléfonos que recordaran el máximo de detalles posible, respecto a su ex compañera Elinor.

El teniente dejó transcurrir unos instantes.

—¿Qué pensabas hacer ahora, Turl?

—Visitar a Lina Moore en su domicilio. No he querido esperarlas en la puerta de la Central, a pesar de que se lo dije. He temido que la gente de Quarles estén vigilándolas.

Everard dio una cabezada de aprobación.

—Bien hecho. Vamos, te acompañaremos a casa de esa chica.

Atrapó el sombrero que había dejado sobre la mesa, y se encaminó a la salida.

Los cuatro subieron al coche sin emblemas de los policías, y Gumbril ocupó el volante. Puso el contacto y, soltando el embrague, abandonó el estacionamiento. Resopló el teniente Everard:

—Este endemoniado asunto se complica cada vez más. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no actuaron Quarles y su gente, en los dos crímenes? Pudieron hacerlo para despistarnos, una vez tuvieron en su poder lo que compromete a ese canalla.

Turl sacudió la cabeza, negando.

—Sé leer en los ojos de las personas, Gerry. Quarles no ha intervenido en los asesinatos.

—Eres un maldito cabezón, Turl.

—No te lo discuto. Pero estoy en lo cierto.

En aquel momento, se escuchó en el receptor del salpicadero una voz, que iba repitiendo:

—Teniente Everard..., teniente Everard...

Gerry cogió el micro que le tendía Gumbril, por encima del asiento, y se la aproximó a la boca.

—Teniente Everard al habla, central.

La voz comunicó entonces:

—Hace rato que tratamos de localizarle, teniente. Cuatro telefonistas han sido asaltadas por unos desconocidos, a la salida de la Central de Teléfonos. Dos de ellas han sido raptadas, y las otras dos se encuentran heridas.

Turl sintió que se le helaba la sangre.

Gerry preguntó por el micro:

—¿Dónde se encuentran las dos heridas?

—Sólo sufren magulladuras, teniente Everard. Se encuentran aquí, en el Departamento, después de haber sido curadas.

—Voy en seguida. Cierro.

Turlough tenía prietas las mandíbulas.

—Si esos cerdos se han atrevido a tocarlas, lo van a pagar con la vida —masculló torvamente.

Gerry le palmeó la pierna.

—Trata de serenarte, Turl.

* * *

El enorme local, envuelto en densa oscuridad, lo mismo podía ser un depósito de bebidas que un almacén de maderas. Una lámpara, colgando del techo, desparramaba un cono de luz sobre las dos chicas

sentadas en sendas sillas. El resto, los confines del local, permanecían esfuminados por las sombras.

No estaban atadas a las sillas, y tampoco hacía falta.

Cinco individuos, entre los que se encontraban los tres que la habían capturado, se movían en la penumbra que las rodeaba.

Uno de ellos, de aspecto brutal y nariz achatada, entró en el campo de visión de ambas, y se plantó ante ellas.

—Escuchadme, guapas, me llamo Benson Caan, y estoy ansioso irme a la cama, igual que vosotras. Basta con que nos digáis dónde guardáis el paquete que os entregó vuestra compañera Elinor Joyce, y os dejaremos ir a casa.

Lina y Vicky siguieron con los labios apretados.

El tipo llamado Caan compuso un gesto de desagrado.

—Si dejas que os trate Bud, lo pasaréis mal, y acabaréis hablando por los codos. Le habéis destrozado la cara.

—Déjamelas tan solo un par de minutos, Benson —pidió la voz de Bud, en la penumbra—. Te prometo que lo soltarán todo.

Benson rió, socarrón.

—¿No os lo dije? Bud arde en deseos de cobrarse lo que le hicisteis.

Lina Moore habló con desprecio:

—Podéis matarnos, si os apetece, canallas. Elinor Joyce no nos entregó nada.

Benson Caan soltó una breve carcajada.

—¿Quién habló de mataros, nena?

—Es lo que pensáis hacer, granujas —acusó Vicky, excitada—. Aunque Elinor nos hubiese entregado alguna cosa, jamás os la daríamos.

El brutal Benson hizo un ademán.

—Registrad sus bolsos.

El individuo que condujera el auto que las trajo cogió ambos bolsos y desparramó su contenido en el suelo, bajo el cono de luz. De uno de ellos cayó una cuartilla doblada, y el tipo la atrapó, desplegándola, al tiempo que se incorporaba.

—Eh, Benson, aquí hay algo escrito.

—Vamos —apremió Caan—. Empieza a leerlo.

El conductor fue leyendo en voz alta:

—«Una persona a la que ella llamaba Deán le telefoneó varias veces... Faltó dos días al trabajo, y ni siquiera quiso justificar su ausencia. Estuvieron a punto de despedirla... Tres o cuatro veces cogió un taxi a la salida, alegando que tenía prisa... En cierta ocasión, dijo en español por el teléfono: Aquí no podemos hablar, Joaquín. A María Dolores le extrañó porque Elinor siempre hablaba en inglés... Un kilo de tomates, una zanahoria, dos cebollas, apio...»

—¿Piensas hacer un consomé, Frank? —se burló Benson.

El otro bandido levantó la mirada del papel.

—Maldita sea, Benson, es lo que pone aquí.

—Déjame echarle un vistazo.

Caan estuvo leyendo lo mismo que había dicho el conductor Frank, y después se dirigió a las dos muchachas:

—¿Qué significa este galimatías, guapas?

—Averígualo.

—Me estáis haciendo perder la paciencia, nenas —amenazó, hosco—. Tengo sueño atrasado, ¿sabéis?

—Estupendo —dijo, irónica, Vicky—. Déjanos marchar, y cada uno podrá irse a su casa. Os prometemos no decir nada a la policía.

—Me suponéis un cretino, ¿eh?

—No, hombre —se burló Lina—. Sólo te creemos un gorila, con menos sesos que un mosquito.

Benson Caan entornó los ojos.

—Queréis que os deje con Bud, ¿no?

En la penumbra, volvió a suplicar la voz de Bud:

—Anda, déjamelas tan sólo un poquito, Benson. Te prometo que no les haré daño.

—¿Qué harás entonces, Bud?

El tipo de la mejilla destrozada por Vicky hizo sonar unas tijeras, brillantes los ojos en la semioscuridad que rodeaba a las muchachas.

—De pequeño, quise ser peluquero de señoras, Benson —explicó, risueño—. Por aquello de sobar a las damas, ¿sabes? Estoy pensando que todavía puedo aprender en los lindos cabellos de estas chicas. Quedarán muy monas, si les hago un buen corte de pelo.

Benson Caan movió la cabeza, sonriendo.

—No es mala idea, Bud.

—¿Me dejas masacrarlas, Benson? —inquirió, ansioso, Bud—. Te prometo que seré rápido.

Lina y Vicky cambiaron una mirada, dejando traslucir el horror que las dominaba, por los pensamientos de aquellos salvajes. La primera se incorporó, protestando:

—¡Si os atrevéis a....!

La volvió a sentar Benson, de un empujón.

—Claro que nos atreveremos, guapa. Y si vuelves a levantarte me veré obligado a ligar tus delicadas manos al respaldo de la silla.

Bud hizo sonar las tijeras de nuevo.

—¿Empiezo, Benson?

—Aguarda un momento, Bud —ordenó éste—. Antes, quiero comunicar con el jefe, y que él diga hasta dónde podemos llegar.

Bud dejó escapar un gruñido.

—Infiernos, Benson, ¿es que todo lo tienes que comunicar al jefe?

—Es la forma de hacerse viejo a su lado, Bud. Recuérdalo siempre, y

harás carrera. Ahora vuelvo.

Benson Caan movió su anatomía, y desapareció en la penumbra, dirigiéndose al lugar donde tenían el teléfono.

CAPITULO XII

María Dolores y Tina Sheridan se mostraban relativamente serenas, a pesar de todo lo ocurrido. La mexicana presentaba una horrible hinchazón en la sien derecha, que desfiguraba su rostro. A Tina le habían tenido que escayolar el hombro y parte del cuello porque padecía fractura de clavícula.

Turlough se puso en cuclillas ante ellas, y las miró a los ojos.

—Es importante que lo recordéis todo —dijo gravemente—. Ya habéis dado una descripción completa al teniente Everard, y sabemos quiénes eran esos tres tipos. Gente de Anthony Quarles, y encontraremos a Lina y Vicky, antes de que les ocurra algo irremediable.

Tina movió los labios.

—Tengo miedo, Turl.

El joven le palmeó la mano.

—No debes temer por ellas, Tinita. Gerry ha puesto a toda su gente en seguimiento de esa gente.

—Han podido matarlas ya.

—No es eso lo que pretenden. Creen que vosotras poseéis el secreto que fue la causa de que muriese Elinor. Como no es así, no pueden matarlas, en tanto no les digan lo que desean.

Apoyado en una esquina del despacho, apuntó Gumbriel:

—Pueden torturarlas, Owens. Esas chicas lo estarán pasando bastante mal.

El detective se incorporó y, girándose vivamente, lo fulminó con una dura mirada.

—Mantón la boca cerrada, barbas —masculló, hosco—. Cuando queramos escuchar tu opinión, ya te la preguntaremos.

El ayudante de Everard se despegó, agresivo, de la pared.

—Oye, fisgón...

El teniente comprendió que el inoportuno comentario de Gumbriel había atemorizado a las dos chicas, y lo contuvo, haciendo un seco ademán con el brazo.

—Quieto, Brian.

—Pero, teniente...

—¡He dicho que calles, Brian!

El barbudo Gumbriel apretó las mandíbulas, y sus ojos fulguraron

con odio, fijos en el detective. No pudo advertir la mirada despectiva que le dirigió Percy Kelly, sentado a su derecha.

Turl volvió junto a Tina y María Dolores.

—Vamos, haced un esfuerzo, y recordad todo lo que habéis escrito en la cuartilla que lleva Lina en el bolso. Es más importante de lo que podéis suponer.

Las muchachas tuvieron que forzar la memoria, debido al estado de excitación que habían vivido. Fueron repitiendo todo lo que habían recordado aquella tarde, en relación a Elinor Joyce. Después de repetir varias frases, guardaron silencio.

Turl les escrutó el semblante.

—¿Eso es todo?

María Dolores asintió lentamente.

—Creo que sí, Turl.

El joven hizo un gesto de desaliento.

—No hemos adelantado absolutamente nada —murmuró, sintiendo una profunda frustración interior—. He sido un idiota.

Gerry se le aproximó.

—Por ahora, hemos de darnos por vencidos, Turl —dijo despacio—. Vamos a ponernos personalmente al frente de la búsqueda. Haré que acompañen a estas chicas a sus domicilios.

Turl se giró a él.

—¿Has ordenado a tus agentes que se pongan en contacto con nosotros, en el momento en que las encuentren?

—Por supuesto.

Turlough paseó por la estancia, como un enfurecido león en su jaula. Con la frente surcada de profundas arrugas, y repitiendo en su mente las palabras pronunciadas por Tina y María Dolores. Así estuvo unos minutos, y los otros respetaron su silencio.

De repente, se iluminaron las pupilas del joven, y se giró, soltando casi un aullido que hizo respingar a los presentes. Sobre todo, a Percy, que cayó de la silla al suelo.

—¡Ya lo tengo!

El teniente entornó los párpados, mirándolo.

—¿Qué es lo que tienes, muchacho?

—Al asesino, al fulano que liquidó a Elinor y Deán.

Everard compuso un gesto conmisericordioso.

—Vamos a tranquilizarnos, ¿eh, Turl?

Turlough no le prestó la menor atención. Fue junto a María Dolores, y le apuntó con el índice extendido.

—Repítelo, nena.

La chica lo miró sin comprender.

—¿El qué, Turl?

—Lo que dijo Elinor por teléfono, el día que la sorprendiste

hablando en español. Quiero que lo repitas textualmente.

—Pues... dijo: «Aquí no podemos hablar, Joaquín...»

—¿Estás segura de que pronunció ese nombre? Piénsalo detenidamente, María Dolores.

—No hace falta pensarlo, Turl. Te repito que dijo Joaquín.

—Entonces, no hay duda —exclamó, soltando un resoplido el detective—. Creo que jamás hubiésemos descubierto al asesino. Y, sin embargo, es tan simple...

—¿Quieres dejarte de rompecabezas, Turl? —gruñó el teniente Everard—. Di, de una vez, el nombre del asesino, según tus sabias deducciones.

Turl le miró fijo a los ojos.

—Primero, quiero que encontremos a Lina y Vicky, Gerry.

El policía achicó los ojos, que destellaron fugazmente. Apretó los labios, y acabó inquiriendo:

—¿Vas a hacerme chantaje, Turl?

—Escucha, Gerry —dijo el detective—. En primer lugar, envía a sus casas a Tina y María Dolores. Se aprecia en sus rostros que están deshechas.

—¿Y luego?

—Buscaremos a Lina y Vicky. Cuando las tengamos en nuestro poder, te revelaré el nombre del asesino. Y no vayas a decirme ahora que me retirarás la licencia porque es muy posible que te la entregue, después de este caso. Estoy harto ya.

Everard guardó silencio unos instantes.

—He puesto a todos los hombres disponibles en la busca de las dos muchachas, Turl —dijo, al fin—, ¿Qué más puedo hacer?

—Interrogar a la persona más interesada, Gerry.

—¿Te refieres a Anthony Quarles?

—Exacto, Gerry.

El teniente suspiró hondo.

—Escúchame con atención, Turl. Sabemos que Quarles es un peligroso gángster, aunque no hayamos podido demostrarlo hasta ahora. Y ahí estriba el principal problema. Es un personaje influyente, mientras no se demuestre lo contrario. Puede crearme muchos problemas, si vamos a interrogarle en relación con el secuestro de dos chicas. Sobre todo, careciendo de pruebas.

—Tienes la descripción hecha por Tina y María Dolores, de los tres individuos. Dos de ellos son Bud Logan y Joe Hilton. En cuanto al último, también podemos testificar Percy y yo.

Everard se mesó los cabellos.

—No es suficiente para irrumpir en el domicilio particular de Quarles, Turl. ¿No lo comprendes?

—Lo que comprendo es que el barbas pudo tener razón, en su

comentario, Gerry. Y te prometo que, como la gente de ese gángster hayan tocado un solo cabello de Lina Moore, no habrá boquete lo suficientemente grande en Dallas para esconderlo.

El policía levantó los hombros.

—Lo siento. No podemos hacer nada más de lo que hacemos. Mis muchachos están buscando en todas las madrigueras que conocemos de Quarles.

—No estarán en ninguna de ellas, Gerry —gruñó Turl—. Ellos saben que las conoces, y no habrán ido a esos sitios.

—Mira, Turl —resolló, conteniendo su malhumor a duras penas Everard—, Si sospechas de alguien, en relación con las muertes de Elinor y su hermano, tienes la obligación de decírmelo.

—¿Para que lo apreses, y pongas en peligro la vida de esas dos chicas? Ni hablar, Gerry.

—Te estás haciendo un lío, Turl. Antes dijiste que Quarles no era culpable de los crímenes. Ahora resulta que relacionas el rapto de Lina Moore y Vicky Galway con los asesinatos...

—Quarles no ha tenido nada que ver en las dos muertes —aseguró, tajante, el detective.

—¿Quieres hablar claro, de una cochina vez? —estalló colérico el teniente—. Me estás exasperando.

Turlough extendió la diestra cerca del rostro de Everard, y dijo también excitado:

—Sólo deseo visitar a Quarles, Gerry. Nada más que eso.

—Quieres hacerte el héroe de nuevo, ¿eh?

—No. Esta vez vendréis Gumbriel y tú, conmigo. No tenéis que hacer nada que os comprometa, Gerry. Únicamente dejarme hablar con Quarles a mi modo. Luego, podrás prender al asesino, y al mismo tiempo tendrás las pruebas que necesitas contra Quarles. Ignoro si son lo bastante importantes para encerrarlo por mucho tiempo, pero deben serlo, cuando estaba dispuesto a pagar una fortuna por ellas.

Gerry meditó la proposición del detective.

Terminó dando una cabezada.

—De acuerdo, Turl —masculló—. Iremos contigo a ver a Quarles. Pero si todo es un lío tuyo, prometo que lo vas a pasar mal.

A continuación, miró a su ayudante.

—Encárgate de que lleven a estas dos chicas a sus domicilios, Brian. Te aguardamos fuera, en el coche.

Percy miró al teniente.

—¿Qué hago yo, mi teniente?

Everard le miró, furioso:

—Vete a ver si el sargento Marvin te presta una baraja, y prueba a componer solitarios, sin moverte de aquí. ¡Y no vuelvas a llamarme mi teniente!

CAPITULO XIII

La habitación era suntuosa en todo.

Y, desde luego, la enorme cama, llena de almohadones, donde Anthony Quarles leía un libro, recostado en ellos, estaba en perfecta consonancia con el resto del mobiliario.

Súbitamente, se abrió una puerta, y el libro cayó de las manos del poderoso gángster.

—¡Owens!

—Hola, Quarles.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —inquirió, perplejo, Quarles—. Alvarez y Max...

—Deberían encontrarse abajo, velando por su seguridad, ¿no?

—Eso es.

—Pues no lo han hecho, como puede ver. O quizá es que me estoy especializando en burlar a su gente.

Quarles hizo intención de bajar del lecho, al tiempo que decía, encorajinado:

—Oiga, Owens, me estoy hartando de...

El joven empuñaba una pistola, y apuntó con ella a la cabeza de su oponente. El rostro del gángster se puso tan pálido como el pijama color marfil que llevaba puesto.

Turl le enseñó los dientes.

—Quietecito donde está, Quarles.

El importante personaje señaló la puerta que había quedado abierta a espaldas de Owens.

—Sólo..., sólo pretendía cerrar la puerta.

El joven rió, sarcástico.

—No me diga que teme a la corriente de aire, Quarles.

—Bueno, yo... ¿Qué les ha ocurrido a Max y Alvarez?

—No se preocupe ahora de ellos, Quarles —dijo el detective—. Tengo en mi poder a la persona que posee lo comprometedor para usted. Supongo que le interesa, ¿eh?

El gángster boqueó asombrado.

Luego su rostro fue recuperando paulatinamente el color habitual y acabó distendiendo los labios en sonrisa lobuna.

Dio una cabezada afirmativa.

—Comprendo Owens —dijo, seguro de sí mismo—. Ha venido en

busca de los ciento cincuenta mil, ¿no? Me hubiera evitado un sobresalto, de haber empezado por ahí.

El detective sacudió la cabeza, negando.

—No me interesa el dinero, Quarles.

—No me diga eso, hombre. A todas las personas les interesa el dinero. Es la llave que abre hasta las puertas más herméticas. Nadie puede permitirse el lujo de despreciar ciento cincuenta mil dólares, así por las buenas, caramba.

—He venido a proponerle otro canje, Quarles.

Quarles entornó los párpados, ladeando la cabeza.

—Hable, Owens.

—La vida de Lina Moore y Vicky Galway, a cambio del nombre de la persona que guarda lo que tanto le interesa.

El gángster plasmó en el semblante una expresión de ignorancia, pero Turl advirtió rápidamente que estaba fingiendo. También fingía al murmurar:

—¿De qué está hablando, Owens?

El joven chasqueó la lengua.

—Por ese camino, no vamos a ninguna parte, Quarles. Si continúa haciéndose el panoli, acabaré por entregarlo a la policía. Seguro que le doy un alegrón al bueno de Gerry Everard.

—¡Ese asqueroso teniente...! —masculló Quarles, y Owens rió, regocijado—. Me acosa más que una suegra a su yerno.

—¿Qué dice de las dos chicas, Quarles?

—Oiga, Owens..., la gran cantidad de dinero...

El detective llegó junto a la cama, de dos zancadas, y alargó la zurda, atrapando a Quarles de la pechera del pijama. Lo atrajo con fuerza, y silabeó, con los rostros casi juntos:

—¿Cuándo se va a dar cuenta de que el dinero es bazofia, comparado con otras cosas de la vida, maldito? El trato que le he propuesto es el único que acepto. Lo toma o lo deja: la cárcel o la libertad de dos chicas, que nada tienen que ver con sus sucios manijos.

El rostro de Quarles se había tornado cerúleo nuevamente.

Turl lo soltó, dándole un violento empujón, y su cuerpo rebotó en la cama, estando a punto de caer a la alfombra.

Con los ojos muy abiertos, contempló al detective, y musitó, moralmente derrumbado:

—¿Qué... qué quiere que haga?

Turl señaló el teléfono, sobre la panorámica mesita de noche.

—Llame a los tipos que retienen a las dos chicas, y hágalos venir aquí, acompañándolas.

Quarles se pasó la lengua por los labios.

—¿Cómo puedo saber que cumplirá su parte del pacto?

—Debe correr el riesgo.

—No me gustan los riesgos, Owens.

—En este caso, no tiene otra alternativa, Quarles. Si quiere lo que desea, haga venir a las muchachas.

El gángster pasaba fácilmente de un estado emocional a otro. Lo mismo le dominaba un profundo terror, que se sentía poderoso y dueño de la situación. Ahora, sus ojos destellaron peligrosamente, clavados con fijeza en el joven.

—Usted parece ignorar quién soy, Owens —dijo, en tono helado—. Lo ha olvidado por completo.

—El saber quién es no le favorece en absoluto, Quarles —se burló el joven—. Usted es la persona más canallesca del Estado de Texas, la escoria de Dallas. No le entregaría a su custodia ni a mi peor enemigo. Antes lo tiraba al río, con una piedra atada al cuello. Conque mire si sé quién es, Quarles.

En aquel instante, sonó el teléfono sobre la mesita.

Anthony fue a alargar la mano, pero se contuvo al observar el brusco ademán de Turl.

—¿Dónde puedo escuchar, Quarles? Me refiero a un supletorio.

—Aquí, en la habitación, no tengo ninguno.

El teléfono seguía repiqueteando.

Turl saltó a la cama y, arrodillándose en ella junto al gángster, le clavó el cañón de la pistola en el costado.

—Cuando le avise, descuelgue el auricular, y hable con naturalidad. Y procure mantenerlo entre su oreja y la mía, de modo que ambos podamos escuchar. Seremos dos buenos amigos, oyendo una conversación confidencial. Vamos, descuélguelo.

Quarles obedeció las instrucciones de Turl.

Desde el otro extremo del hilo, les llegó la voz de Benson Caan:

—¿Jefe?

—Habla, Benson.

—Las dos chicas muestran demasiada entereza, y se niegan a hablar. Tendríamos que presionarlas para sacarles algo. Son tercas como mulas, y si no empleamos mano dura...

Turl acentuó la presión de la pistola en el costado de Quarles hasta llegar a hacerle daño.

Este respingó, y dijo al micro:

—He cambiado de idea, Benson. Traedlas en seguida a mi residencia. He decidido hablar con ellas, personalmente.

Turl asintió, complacido.

Benson Caan guardó silencio unos instantes. Evidentemente se encontraba extrañado por las órdenes de su jefe. Luego, les llegó su voz titubeante:

—Pero, jefe...

—Ya me has oído, Benson —le cortó, tajante, Quarles—. Quiero que las traigáis aquí.

—De acuerdo, jefe. Iremos en seguida.

Quarles colgó, y Owens se alejó unos pasos de la cama.

—Buen chico, Quarles.

—Ahora le toca cumplir a usted, Owens —pidió el gángster—. El nombre de la persona que me interesa.

—No tenga tanta prisa, Quarles.

—Pero usted dijo que...

—Le voy a presentar a su hombre, Quarles —dijo, risueño, el detective—. Y lo haré ahora mismo.

Owens miró hacia la puerta, todavía abierta de la habitación, y dijo en voz alta:

—Adelante, Gerry.

En la habitación, irrumpieron cuatro personas. Everard y Gumbril empujaban ante ellos a Max y Chimo Alvarez. El mexicano mostraba las huellas de los golpes de Turl.

Anthony Quarles se quedó petrificado.

Sonriente, aprobó el teniente Everard:

—Reconozco que has hecho un buen trabajo, Turl.

El jefe de la organización fue recuperándose lentamente, y miró con intenso odio al detective.

—Pagaré con la vida este engaño, Owens —prometió heladamente—. Aunque sea lo último que haga en la vida.

—Un momento, Quarles —solicitó el joven—. Hicimos un pacto, y voy a cumplir mi parte en él. Si recuerda exactamente mis palabras, le dije que le entregaría a la persona que le interesa, a cambio de la libertad de Lina y Vicky, ¿verdad?

El gángster se limitó a seguir mirándolo sin replicar.

Turl señaló a uno de sus pistoleros.

—Ante usted tiene al tipo que intentó traicionarlo, con fines lucrativos, contando con la colaboración de Elinor Joyce y su hermano Deán, Quarles. Se trata de Chimo Alvarez. O si lo prefiere, lo llamaremos por su nombre, Joaquín Alvarez.

CAPITULO XIV

Chimo Alvarez se había puesto pálido como un muerto.

De pronto, reaccionó de forma inesperada. Se revolvió, convertido en una fiera, y aplicó un empujón a Gumbriel, arrojándolo contra un sillón. Intentó escapar a la carrera.

Turl aguardaba algo parecido, y se lanzó en plancha, haciéndole un perfecto placaje de rugby.

Ambos rodaron por el suelo, junto a la salida, y finalmente, logró el detective subirse sobre la espalda del pistolero y aferrarlo por el cuello, aplastándole la cara contra la alfombra.

Gerry le ayudó a reducirlo, y entre los dos lo arrojaron contra uno de los sillones, manteniéndolo firmemente sujeto.

Gumbriel, repuesto ya, vigilaba, atento, a Quarles y Max.

Atrapando al mexicano por las solapas de la americana, le clavó Turl el cañón de la pistola en el cuello, sin ningún miramiento.

—Vas a cantarnos una serenata, que sea de nuestro agrado, Chimo —rugió, encorajinado—. Por tu culpa se han creado demasiados problemas.

Alvarez le miró, dubitativo.

—No te atreverás a disparar, estando la policía delante, Owens. Sería un asesinato.

El teniente Everard le sacó de su error:

—Te equivocas, Chimo, lo único que haremos es ahorrar trabajo al verdugo. Mi ayudante y yo declaramos que te resististe a ser detenido, y no tuvimos más remedio que disparar sobre ti.

Alvarez le miró unos segundos, implorante, pero ante la inexpresiva cara del teniente, acabó desmoronándose moralmente. Turl lo notó, y le apretó más el cañón de la pistola.

—Vamos, Chimo, será mejor que hables.

El pistolero inquirió, con un hilo de voz:

—¿Qué deseas saber?

—Todo. Puedes empezar por lo que tanto compromete a tu jefe.

—Elinor consiguió grabar una cinta, cuando trabajaba en Engels y Cº. En ella recogió la voz de Quarles, dando instrucciones sobre un alijo de drogas que...

Anthony Quarles chilló, despavorido:

—¡Calla, Chimo!

Gumbril le golpeó el cuello sin miramientos, y el tipo se encogió, soltando un gemido.

—Sigue, Chimo —pidió Turl—. Es posible que te beneficies, si hablas abiertamente, colaborando con la policía.

El detective sabía que difícilmente podría beneficiarse el mexicano, si se demostraba su doble crimen ante un jurado. No obstante, sus palabras desataron la lengua de Alvarez.

—Elinor, Deán y yo, estábamos de acuerdo para sacar una buena cantidad de dinero a Quarles. La idea fue mía, y me encargué de proporcionar los medios para que ella grabase la conversación. Más tarde... cuando ya se había establecido contacto con Quarles, reclamándole una cantidad por la cinta, Elinor se sintió asustada. A pesar de que dejamos trascurrir seis meses para que no pudiese sospechar de ella, el terror se iba apoderando de la chica. Me vi... me vi obligado a eliminarla porque lo hubiera echado todo a perder.

El mexicano pasó la lengua por sus labios resecos.

—Sigue, Chimo —pidió Everard.

—Deán no quiso comprenderlo. Me acusó de criminal sediento de sangre, y tuve que... matarlo también. Yo no quería hacerlo. En el fondo, apreciaba a los dos hermanos. Ellos... ellos me obligaron. No se podía estropear un plan tan bien trazado.

—¿Dónde guardas la cinta, Chimo?

—¡No lo digas, Chimo! —gritó Quarles—. Me encargaré de que te protejan los mejores abogados criminalistas del país.

El teniente miró a su ayudante.

—Hazlo callar de una vez, Brian.

El barbudo policía soltó un trallazo en el pómulo del gángster, que cayó sobre la cama, privado del conocimiento momentáneamente.

Turl apremió al mexicano:

—Te hice una pregunta, Chimo.

—La guardo en una caja de seguridad del Banco Nacional.

—Número y llave, Chimo.

El mexicano introdujo la mano en el bolsillo postterior del pantalón, y la sacó, entregando una pequeña llave al detective.

—El número es el 5.314 —dijo, abatido—. Espero que todo esto me beneficie, amigos.

Turl le palmeó el hombro.

—Seguro, hombre, seguro. A fin de cuentas, sólo eres un pobrecito, que se vio obligado a asesinar a dos personas.

El detective tendió la llave al teniente.

—Espero que lo grabado en esa cinta sirva para encerrar, por una larga temporada, a Anthony Quarles, Gerry. Tu sueño dorado, convertido en realidad.

El policía sonrió amigablemente.

—Gracias a ti, todo ha terminado felizmente, Turl. Como en las novelas rosas.

Turlough denegó con la cabeza:

—Aún no terminó, Gerry. De un momento a otro, llegarán aquí varios pistoleros de Quarles, con Lina y Vicky. Hay que andarse con sumo cuidado, para que ninguna de las dos chicas resulte herida. Presumo que esa gente no se entregará por las buenas.

—¿Qué sugieres, Turl?

—En primer lugar, atar y amordazar a Chimo y Quarles, para evitar que puedan dar la alarma —el joven miró especulativamente al silencioso Max, agregando—: Estoy seguro de que el bueno de Max colaborará con nosotros, abriendo la puerta para que no sospechen.

Benson Caan fue el primero en entrar en la mansión de Quarles, al franquear la puerta de entrada Max. Detrás de él penetraron Bud Logan y Joe Hilton, llevando por delante a Lina y Vicky.

Benson dirigió una mirada a Max.

—¿Qué te ocurre, Max? —preguntó, burlón—. ¿Acaso te ha sentado mal la cena? Estás de un pálido subido...

Max emitió un gruñido ininteligible, y los tres sujetos acabaron de entrar, acompañando a las dos chicas. Benson inquirió, señalando la escalera que llevaba al piso alto:

—¿Nos espera el jefe?

Max, que se disponía a zambullirse detrás de un mueble, se quedó encorvado a medio camino.

—Sí...

—¿Qué demonios te ocurre, Max? —preguntó, arrugando el ceño Benson—. Hoy pareces idiota.

Max tragó saliva.

—Lo que tú digas, Benson.

Caan se disponía a replicar con malos modos, cuando apareció el teniente Everard por encima del respaldo de un diván, y apuntó a los recién llegados, con la pistola que sostenía en el extremo del brazo estirado.

—Será mejor que no hagáis ningún movimiento, muchachos.

Los tres pistoleros reaccionaron con simultánea prontitud, llevando las manos a las axilas.

Turl Owens apareció detrás de un mueble, y disparó, al tiempo que gritaba:

—¡Al suelo, chicas!

Vicky obedeció de forma instantánea, pero Lina siguió en pie, a causa del profundo asombro que la dominaba, por lo inesperado de la situación. Benson Caan intentó escudarse en ella.

Pero el balazo del teniente Everard le alcanzó en el pecho, antes de lograrlo.

Benson giró como una peonza, y la pistola que había conseguido extraer, cayó al suelo del vestíbulo. Dio unos pasos vacilantes, y consiguió llegar al cortinaje de un ventanal. La gruesa tela le sirvió de mortaja, al derrumbarse sobre su cadáver.

Bud Logan se arrojó al suelo, y quiso eludir la bala de Turl.

Sin embargo, fue alcanzado en pleno vuelo y, cuando tomó contacto con la alfombra, ya llevaba la cabeza destrozada por el plomo que le penetró por la oreja izquierda. Perneó varias veces, en mortales estertores, hasta que al fin se inmovilizó.

Joe Hilton levantó ambas manos, renunciando a sacar la pistola.

Brian Gumbriel lo tenía enfocado con la suya.

Max gateaba por el suelo, yendo de un lado a otro, en frenética galopada sin rumbo fijo.

Everard lo atrapó por el cuello, tirando de él.

—Tranquilo, Max. Ya acabó todo.

Lina Moore continuaba erguida, aunque su rostro parecía de cera, y las piernas se negaban a sostenerla.

Vicky comprendió que se le caería encima, pero tampoco ella podía moverse. Todos sus miembros se hallaban paralizados por el terror.

Turl acudió corriendo junto a Lina, y llegó justo a tiempo de sostenerla en sus brazos.

Besándole los suaves cabellos, susurró:

—Todo ha terminado, hermosa.

CAPITULO XV

—Esto parece una convención —gruñó el barbudo Gumbriel, redactando el informe que luego firmaría su jefe, sentado tras una máquina de escribir en una esquina del despacho.

En torno a la mesa de Everard se arremolinaban demasiadas personas.

Lina Moore, Vicky Galway, Joan Pallarés, Tina Sheridan, María Dolores Hernández, Cuchi-Cuchi Beavis, Percy Kelly y Turlough Owens.

Gerry preguntó a este último:

—Tienes que aclararme una cosa, Turl. ¿Cómo tuviste la certidumbre de que Chimo Alvarez era el asesino?

—En realidad, no estaba demasiado seguro, Gerry —replicó el detective—. Desde el principio, tuve la sospecha de que tenía que ser alguien próximo a Quarles. De otra forma, hubiese sido difícil sacarle algo comprometedor. La frase que, según María Dolores, pronunció Elinor, me dio la clave. «Aquí no podemos hablar, Joaquín...». En México, y eso lo sabe María Dolores, hay la costumbre de llamar Chimo a muchas personas que se llaman Joaquín. Y estuve convencido de que Chimo Alvarez era nuestro hombre.

El teniente dio una cabezada.

—Y acertaste, Turl. Además, puedo decirte que ha sido un éxito completo. El fiscal asegura que a Quarles no le caerán menos de treinta años de cárcel.

En aquel momento, entró en el despacho un agente, acompañando a un tipo pulcramente vestido de oscuro, que llevaba un maletín en la zurda.

—Este señor ha solicitado verlo, teniente. Al parecer, tiene mucha prisa.

Everard lo repasó de arriba abajo.

—¿Qué desea?

—Verá, teniente... En realidad, busco al señor Percy Kelly. Llevo muchos días buscándolo, y me dijeron que estaba aquí.

El gordo se adelantó hacia el recién llegado.

—Yo soy Percy Kelly, amigo. Pero llega tarde.

—¿Cómo dice?

—Que ya no necesito que me tomen medidas para el ataúd. Según

la policía, he dejado de correr peligro.

Él tipo enlutado enarcó las cejas.

—Usted confunde mi profesión, señor Kelly. Mi nombre es Rodney West, y soy notario.

—Perdone. ¿Qué desea de mí, señor West?

—Usted es Percy Kelly, ¿verdad?

—Ya le he dicho que sí, señor West.

—¿Pariente del señor Archibald Kelly, que últimamente residía en Caracas?

—Eso es, el cuervo es, por desgracia, mi tío y... —Percy se quedó asombrado unos instantes—. Oiga, no me diga que el viejo Archibald ha estirado la pata.

El notario West se miró la puntera de los zapatos.

—Así es, señor Kelly, me veo en la desagradable obligación de darle la mala noticia —después de una breve pausa, añadió: Si en algo puede paliar su dolor... También tengo que decirle que usted es su heredero universal, por ser el único pariente que tenía.

Percy quedó mudo de asombro.

Tuvo que ser Turl el que preguntara:

—¿A cuánto asciende la herencia, señor West?

—Pues... aproximadamente a un millón de dólares. Claro que puede resultar superior...

Nadie escuchaba ya sus palabras.

Las telefonistas habían rodeado al gordo Percy, encontrándole, de repente, infinidad de encantos.

Joan, Tinita y María Dolores, que habían sido las primeras en rechazar a Percy, eran las que más próximas se hallaban a él, ahora.

—Oye, Percy —insinuó Joan Pallarés—. Supongo que tú no serás de los hombres que se dan por vencidos a las primeras tentativas, ¿eh?

Tinita, por su parte, se le colgó del brazo.

—A las mujeres nos gusta que insistan tres veces por lo menos, Percy. Conmigo sólo lo hiciste dos.

—Me enviaste al cuerno en la primera, Tinita.

María Dolores clavó en el gordo sus grandes ojos.

—Soy una excelente cocinera, Percy. No te lo digo por el interés, ¿me comprendes?

Vicky tiró de Kelly hacia ella.

—Tienes que meditarlo a fondo, Percy.

—Y no dejarte influir por las apariencias, Percy —remachó Cuchi-Cuchi—, A la hora del matrimonio, conviene una mujer seria.

Michelin Kelly se desprendió como pudo de las manos femeninas, y se alejó unos pasos.

—¿Me dejáis hablar a mí?

—¡Claro, Percy! —respondieron, casi a coro, las chicas.

—Pues... he estado pensando que un hombre tan birrioso como yo no tiene derecho a esclavizar a una mujer. He decidido que el estado perfecto del hombre, y más en mi caso, es la soltería. En el verano hace mucho calor, y cuando me pongo a sudar...

También casi a coro, cambiando tan solo algunas palabras, dijeron a la vez las chicas:

—Con un millón, se puede comprar mucho jabón, Percy.

Turl sonrió, pasando el brazo por los hombros de Lina.

—¿No te sumas a la cacería, nena?

Lina sonrió alegremente.

—¡Pobre Percy!

El detective siguió, con voz un tanto ronca:

—Te hice una pregunta, Lina.

La muchacha levantó el rostro hacia él, y lo envolvió en una cálida mirada.

Durante unos instantes, se miraron al fondo de los ojos.

No hicieron falta las palabras.

Quedaron fundidos en prieto abrazo, y sus labios se buscaron apasionadamente.

El teniente Gerry Everard emitió un gruñido.

—¿Es que habéis tomado mi despacho por una agencia matrimonial, maldita sea? Empiecen a circular, ciudadanos.

F I N

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.